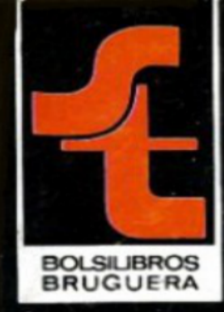


Selección TERROR

EL SELLO ESCARLATA

PARA MAYORES DE 18 AÑOS

Clark Carrados

CLARK CARRADOS

EL SELLO ESCARLATA

Colección SELECCION TERROR n.° 475
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

470 — En la tumba, oscuridad, *Clark Carrados*
471 — La muerte se mira al espejo, *Ada Coretti*
472 — El monstruo, *Clark Carrados*
473 — ¿Quién será el próximo?, *Ralph Barby*
474 — Angel del infierno, *Adam Surray*

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 5.794-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982
1.ª edición en América: octubre, 1982

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

—Me debe usted seis mil ochocientas noventa y dos libras —dijo Marvin Scott.

La mujer, alta, esbelta, morena, de larga cabellera, asintió con un leve movimiento de su cabeza.
—Lo sé —contestó.
—Y —añadió Scott— no sólo me dice que no puede pagarme, sino que ha tenido la desfachatez de pedirme prestadas nada menos que cinco mil libras más.
—Le hubiese pedido diez mil, que es lo que realmente necesito, pero, como sé que no me va a dar ese dinero, decidí contentarme con la mitad de dicha cantidad.
Hubo un momento de silencio. Los dedos de Scott tableteaban sin hacer ruido sobre la mesa.
Estudiaba críticamente el hermoso semblante de la mujer. Ella permanecía sentada, con las manos en el regazo y la espalda erecta, mirándole fijamente. Scott se preguntó qué pensaría ella de su aspecto personal.

Era un hombre más bien bajo, regordete, de cara colorada y casi completamente calvo. No había llegado aún al medio siglo y se conservaba en un excelente estado de forma física, aunque, en ocasiones, reconocía que abusaba de la buena comida y de los licores.

Ella le había gustado siempre y, en el fondo, era un tímido, por lo que no se había atrevido a insinuar nada que pudiera motivar el enojo de su hermosa visitante. Pero ella no sólo no daba señales de saldar la deuda, sino que incluso se atrevía a pedirle prestada una suma casi igual a la adeudada.
Al fin, Scott rompió el silencio.
—De acuerdo —dijo—. Le prestaré ese dinero, pero con una condición.
—¿Cuál? —preguntó ella.
—La quiero a usted.

La joven se mantuvo impasible.
—¿Debo entender que pretende, como se dice vulgarmente, gozar de mis encantos físicos?

Scott se sentía sorprendido de su propia audacia. Era un hombre que se había elevado de la nada. Ella pertenecía a un ambiente distinguido, completamente distinto al suyo. Scott siempre se había

sentido un tanto cohibido en presencia de personas como su hermosa interlocutora.

Pero, animado por su propia valentía, movió la cabeza y sonrió.
—Exactamente eso es lo que quiero —respondió—, dare por cancelada la deuda y le entregaré, además, cinco mil libras, a cambio de... Bueno, ya se lo he dicho, señorita Penn.
—Conforme —accedió la joven—. Sin embargo, habrá de permitirme que, a mi vez, le imponga una condición.
—Usted dirá, señorita.
—Habrá de ser en... en mi casa de Hackettshire. Lo prefiero, es mucho más discreto.
—No tengo inconveniente.
Ella se levantó.
—Estaré en Hackettshire a partir del jueves por la tarde. Puede pasar el fin de semana completo. Le garantizo una discreción absoluta.
—Allí me tendrá el viernes a las siete y media de la tarde —aseguró Scott.
—Con el dinero, supongo.
—Un cheque...
—Prefiero billetes.
—A su gusto. Ha sido un placer, señorita Penn.

Ella no dijo nada, limitándose a sonreír muy ligeramente. Al salir Scott aspiró con fuerza el leve aroma que había
quedado en el ambiente. Un olor muy agradable a flores silvestres, pensó, mientras se frotaba las manos.

La joven sería suya, se dijo. Y su casa de Hackettshire, también.
—Porque, a pesar de todo, no irá a creerse que le voy a prestar el dinero sin una garantía —murmuró.

La joven salió de la casa y se dispuso a cruzar la acera. En la puerta había un individuo parado, con el periódico en las manos.
—Ha caído —musitó ella al pasar junto al hombre.
—Muy bien —contestó él, sin mirarla siquiera—. Iré a prepararlo todo.
La joven cruzó la acera. Cuando llegaba junto a su automóvil, tropezó con un individuo.

Harry Greville caminaba con la cabeza vuelta hacia atrás. Se había cruzado con una atractiva rubia, muy escotada, que le había guiñado un ojo, como si deseara atraer algo mas que su atención, y por dicha razón no había visto a la que se disponía a entrar en el coche.

El tropezón fue relativamente violento. La joven lanzó un pequeño grito. Greville se tambaleó, extendió los brazos, agarró a la joven por

la cintura y, al fin, consiguió recobrar el equilibrio.
—Será mejor que me suelte —dijo ella severamente.
—Dispense... No la había visto... Lo siento mucho, señora. Le aseguro que no tuve la menor intención...

Ella dulcificó un tanto su gesto.
—Me lo supongo. Estaba muy entretenido mirando a otra parte, ¿verdad?
—Sí pero eso era porque no la había visto a usted antes —contestó Greville audazmente—. De lo contrario, ni siquiera me habría fijado en otra mujer.
—Está bien, no se preocupe. No ha tenido importancia.
—Pero puede tenerla, si usted acepta mi invitación para...
—Quizá otro día —cortó la joven, a la vez que se introducía en el coche.
—De acuerdo, otro día, pero dígame al menos su numero de teléfono. Yo me llamo Harry Greville, señora...

—Me acordaré de su nombre. Adiós, señor Greville.
El coche arrancó velozmente. Greville quedó junto a la acera, sin percatarse de que había sido observado por el individuo que leía el periódico en la puerta de la casa. Greville contuvo un hondo suspiro.

Aquella hermosa morena tenía precisamente el tipo que más le agradaba: alta, esbelta como un junco, ojos verdosos y cabellos negros como ala de cuervo.
«Espero que tenga buena memoria», se dijo, mientras continuaba su camino.
Ya se había olvidado por completo de la rubia.
* * *
La cena terminó y Scott encendió un grueso cigarro, mientras miraba con ojos devoradores a la hermosa anfitriona. De pronto, se le ocurrió una idea.
—Para ser una casa tan grande, me extraña la ausencia de servidumbre —dijo.
—Señor Scott, usted conoce mis dificultades financieras —respondió ella sosegadamente-—. Hace ya tiempo que me vi obligada a despedir a los criados. En el momento actual sólo dispongo de una asistenta, que viene un par de veces por semana a la casa al objeto de hacer la limpieza. Hoy, de forma extraordinaria, accedió a prepararnos la cena, pero se marchó apenas hubo terminado su tarea.
—Eso quiere decir que estamos solos.
—Exactamente.
Scott recorrió con la mirada el hermoso cuerpo de la joven. La sangre corrió por sus venas con redoblado ardor.

—He traído el dinero —dijo.
—Muy bien —contestó ella.
—Está allí. —Scott señaló un pequeño maletín negro situado sobre una silla—. ¿Quiere verlo?
—Confío en su palabra. ¿Otra copa, señor Scott?
—Thalia, ¿por qué no me llama Marvin?
—Muy bien, Marvin. ¿No desea beber nada más?
—No, gracias,
Sobrevino una pausa. La joven entornó sus ojos.
—De acuerdo —dijo al cabo—. Mi dormitorio está en el primer piso, la primera puerta a la derecha. Suba dentro de quince minutos, por favor.
—Sí, desde luego.

Scott quedó solo en el comedor, saboreando el habano, mientras contemplaba las llamas que danzaban alegremente en la chimenea. La diversión, pensó, le iba a costar cinco mil übras más... pero tendría una hermosa mansión como garantía del préstamo y, además, habría conseguido algo que siempre había deseado.

Un cuarto de hora más tarde, subió al primer piso. El dormitorio era enorme y disponía también de una chimenea, en la que ardían un par de gruesos troncos. Ella estaba en pie. ataviada con un largo camisón blanco, a contraluz del fuego, lo que permitía ver su silueta transparentada casi como si no llevase nada encima. Scott sintió que la boca se le secaba repentinamente,
El cigarro fue a parar a la chimenea. Scott se despojó de la chaqueta.
Luego avanzó hacia la joven.

Ella le aguardaba con la sonrisa en los labios, aunque completamente inmóvil. No protestó en absoluto cuando el hombre le bajó el camisón hasta la cintura. Scott notó los acelerados latidos de su corazón al contemplar unos hermosos senos, de rara perfección, como no había visto nunca hasta entonces.

Pero también vio algo, una extraña mancha roja, de un par de centímetros de diámetro, que parecía una mano diminuta, situada bajo el pecho izquierdo.
—¿Qué es eso? —exclamó.
—No te preocupes —contestó ella con voz acariciante—. Hay algo más importante... Ven... ven...

Scott se sintió arrastrado hacia el lecho. Estaba ciego por el ansia de poseer a aquella hermosa mujer y se olvidó por completo de la mancha encarnada. El cuerpo de la joven le pareció fuego puro y ardió

como un adolescente en su primera noche de amor.
* * *
La vio venir de frente y se paró deliberadamente, situándose en su camino, a fin de cortarle el paso.. Ella no había advertido su presencia y casi se tropezó con é¡.
—Disculpe —murmuró la joven.
—No siga —sonrió Greville.
Ella alzó los ojos.
—¿Cómo?
—¿Ya no se acuerda de mí? La verdad es que nuestro primer encuentro duró muy poco, pero pensé que tendría mejor memoria, sobre todo si tenemos en cuenta que es algo que sucedió anteayer.
—Perdone, pero no tengo la menor idea de lo que me está diciendo —contestó la joven—. Creo que no nos hemos visto nunca...
—Usted tiene un «Morris» blanco, matrícula XHF 447 I —dijo Grevillle —. Hace dos días, a las cuatro y media de la tarde, tropecé con usted y estuve a punto de derribarla. Quizá sea un presumido, pero me dio la impresión de que en otro momento podríamos tomar unas copas juntos.
—Se equivoca —dijo la joven fríamente—. Yo no le he visto a usted en mi vida y, por supuesto, no tengo la menor intención de tomar una sola copa en su compañía. ¡Buenos días!

La joven se alejó. Greville quedó estupefacto.
—¿Será posible? —murmuró.

Alguien le palmeó fuertemente en la espalda.
—¡Hola, Harry! —exclamó el hombre—, ¿Tratabas de conquistar a Thalia, La Garza? Es guapa de veras, ¿eh? Pero debes tener mucho cuidado con ella o, antes de que te des cuenta, te encontrarás sin tu billetera.
Greville se volvió en el acto y sonrió.
—Hola, sabueso —exclamó—. ¿Qué decías de una tal Thalia apodada «La Garza»? —Se palpó la chaqueta—. Aún tengo la billetera —añadió—. ¿Es una...?
Grevillle movió los dedos de la mano de una forma inconfundible. El otro asintió.
—Una ladrona de lo mejorcito que puedas imaginarte y, por si fuese poco, hará cosa de un año se vio involucrada en un caso de asesinato —contestó—. Pero, si te parece, te lo explicaré mejor en ese «pub» que tenemos a cuatro pasos de distancia y con la ayuda de un par de buenas jarras de cerveza.
—Hecho —aceptó Greville en el acto—. Vamos allá y me contarás todo lo que sabes de esa hermosa dama.
—Repito: ten cuidado —dijo Mark W. Hampton, inspector de policía—.



La llaman «La Garza» pero, en realidad, es una pájara de cuenta.

CAPITULO II

Scott despertó con un. fuerte dolor de cabeza y la boca pastosa. «Ya no soy un jovencito», pensó. Se había excedido en todo, incluso en la bebida que Thalia le había prodigado largamente durante la noche. Al final, agotado, se había quedado dormido como un tronco, aunque, de todas formas, había merecido la pena.

Notó un bulto a su derecha. Thalia debía de estar aún dormida. La luz entraba por la ventana. Hacía rato ya que había amanecido.
Haciendo muecas y visajes, se sentó en la cama. Ella dormía aún y, cosa rara, estaba completamente cubierta por las sábanas. Hasta la cabeza tenía tapada.

Scott sonrió, olvidado por un momento de la sequedad de boca y del dolor de cabeza. Alargó la mano, asió el borde de las sábanas y tiró de golpe. Antes de vestirse, quería contemplar una vez más el esplendoroso cuerpo de Thalia.

Pero lo que había allí no era precisamente el cuerpo de una hermosa mujer. La sonrisa se petrificó en la cara de Scott cuando vio el esqueleto que yacía en la cama a su lado.

Un hedor a muerte se expandió inmediatamente por la habitación. Horrorizado, Scott pudo apreciar que todavía había hilachas de carne putrefacta adheridas a los huesos de! esqueleto.

Lanzando un chillido, saltó de la cama y quedó a un lado, ridiculamente desnudo, con la barriga temblando gelatinosamente y la mandíbula caída a causa del asombro que sentía.
--No... no es posible... Han querido gastarme una broma...
La idea de que Thalia había querido divertirse a su costa penetró al fin en su mente. Rehaciéndose, masculló imprecaciones en voz baja, mientras empezaba a vestirse.
—Me va a oír esa zorra cuando la vea —dijo—. Soy hombre que soporta las chanzas, pero sólo hasta cierto límite...

De pronto, reparó en un detalle que le había pasado inadvertido hasta aquel momento.
Los cristales de la ventana estaban cubiertos de polvo. Cieía recordar haberlos visto limpios a su llegada.

Miró hacia la chimenea. El fuego estaba apagado, aunque había algunas cenizas. Se acercó y, agachándose, tocó las cenizas, que halló completamente frías.

Miró en derredor suyo. Todo parecía muy viejo, pese a su excelente estado de conservación. El suelo, advirtió, estaba cubierto de una fina capa de polvo. No había señales de otras pisadas que las suyas.
La cama era enorme, de dosel decorado con cortinajes adamascados.

En algunos lugares, la seda aparecía en jirones, como si se hubiese podrido con el paso del tiempo.

Tocó una de las cortinas. Una leve nube de polvo se desprendió inmediatamente. La seda crujía ligeramente, reseca y a punto de desintegrarse.

Scott sintió que se mareaba. Se preguntó si su sueño había durado decenas de años. Thalia habría muerto a su lado y su cadáver se habría descompuesto, quedando luego solamente un esqueleto casi completamente descarnado...

El pánico le invadió de súbito y echó a correr hacia la puerta. Abrió y entonces recordó el maletín con el dinero. Había quedado abajo, en el salón. Todavía estaría allí, porque Thalia no se lo habría llevado, si había muerto a su lado.
Cuando salió al corredor, le asaltó un olor a casa vieja, con humedad, como algo abandonado hacía muchísimos años. Al llegar al arranque de la escalera, se detuvo, como herido por el rayo.
La enorme telaraña le cortaba el paso, porque llegaba del techo hasta el suelo. Una sensación de asco invencible le subió por la garganta arriba, pero, haciendo un esfuerzo, agarró una banqueta cercana y la lanzó contra el frágil tejido, que se rasgó en el acto de arriba abajo.

Descendió a saltos. Las cortinas aparecían hechas jirones y los cristales de las ventanas estaban cubiertos de polvo, lo mismo que la mesa en que se había celebrado la cena. El asiento del sillón donde había dejado la cartera estaba podrido.

Una silla aparecía volcada, porque se había roto una de sus patas, carcomida por el tiempo y los insectos. Enloquecido de pánico, Scott no pensó ya sino en escapar de aquel horrible lugar.

Llevaba reloj, pero, aunque caro, no tenía calendario. Sólo podía saber la hora y, frenético, pensó que ya deberían haber entrado en el siglo XXI. Sin embargo, cuando ganó la salida, vio su coche en el mismo sitio donde lo había dejado antes.

También había mucho polvo en el vehículo, pero ya no lo pensó dos veces. Saltó al puesto del conductor, dio vuelta a la llave de contacto y arrancó disparado.

El terror le cegaba. Por eso, cuando hizo una falsa maniobra y quiso rectificar, era ya tarde. Le pareció que el corpulento roble salía bruscamente al centro de la carretera. ¿O era él quien se había salido del camino?
* * *
Sonó una alegre carcajada. Wem Hardison vertió champaña en las dos copas y entregó una a la hermosa morena que estaba a su lado.
—Redondo, ha salido redondo —dijo.
Ella levantó su copa.
—Por el próximo tonto —brindó.
—Tendríamos que dejar pasar algún tiempo, Laurie.
—No lo creo. Todo es cuestión de...

La joven se calló de repente. Un hombre había entrado y se acercó a la pareja con la sonrisa en los labios.
—Supongo que lo he hecho bien —dijo.
—Nadie lo habría hecho mejor, Jim —contestó Hardison—. Puedo asegurarle que jamás había visto una decoración semejante.
—Aprendí muchísimo cuando trabajaba en aquellos estudios de cine —dijo Jim Madigan—. Pero, además de aprender a preparar decorados para películas de terror, aprendí otras cosas.

Laurie entornó los ojos.
—¿Qué has aprendido, Jim? —preguntó.
—¿Cuánto le han sacado? —quiso saber Madigan.
—Éso no es cosa tuya —respondió Hardison ásperamente—. Hicimos un trato, te pagamos tu parte...
—Es poco.

Hubo un intervalo de silencio. Luego, Hardison volvió a hablar.
—Sin duda quieres decir que debes cobrar más por tu trabajo.
—En efecto. El doble, exactamente.
—Acordamos que cobrarías mil... —dijo Laurie.
—Quiero dos mil —manifestó Madigan con acento hosco.
—¿Dos mil? ¡Un cuerno! —barbotó ella.
Hardison levantó una mano.
—Calma, preciosa —dijo—. De acuerdo, Jim, te pagare mil libras más. Pero no tengo aquí el dinero.
—Entonces, avisaré a la policía... Anónimamente, por supuesto.
—Hombre, Jim. es que no le dejas hablar a uno —se enojó Hardison —Lo que quise decir es que no lo llevaba encima, pero, desde luego, tengo el dinero en casa. Ven, vamos a! despacho. Laurie, aguárdanos.

Ella apretó los labios, pero no dijo nada. Los dos hombres se alejaron.

Hardison llegó a un despacho y pasó a! otro lado de la mesa.
—Siéntate, Jim.

Madigan ocupó una silla situada frente a la mesa. Hardison tiró del cajón central. Metió la mano y apretó en determinado lugar.

Entonces, la silla se inclinó bruscamente hacia adelante y lanzó a su ocupante a través del hueco que se había abierto de súbito en aquel lugar.

Se oyó un agudo chillido de pánico. Dando vueltas, Madigan se precipitó en el negro vacío, lleno de terror, mientras pensaba que iba a estar cayendo durante una eternidad. Pero el descenso duró apenas un segundo.

El choque se produjo muy pronto, contra un suelo durísimo. Madigan sintió un terrible dolor en la pierna derecha y supo que se le había roto.

Casi perdió el sentido. Durante unos minutos, se sintió vivamente mareado. Horribles náuseas sacudieron su cuerpo, pero, al fin, consiguió rehacerse un tanto.
Se tanteó la pierna. Era una fractura simple, no abierta, por fortuna.
Maldijo entre dientes. «Cuando le pille por mi cuenta, me las pagará...», pensó, ciego de cólera y de dolor.

Luego hizo un esfuerzo y sacó el encendedor para ver el lugar en que se hallaba, tira un cubículo que no tendría más de tres metros de lado, aunque su altura llegaba casi a los cinco metros.

Levantó la vista. Apenas si podía distinguir la trampilla por la que había pasado. Las paredes del lugar eran absolutamente lisas y no había en ellas el menor asidero que le permitiese abrigar un mínimo de esperanzas de salir de aquel encierro.

Era bastante fuerte y tenía unos brazos hábiles. Si pudiese, al menos, encontrar algo adonde agarrarse...

De pronto, oyó un leve chillido.
Volvió la cabeza. A la rojiza luz del encendedor, vio una enorme rata que habia aparecido por un agujero abierto al pie de una de las paredes del pozo.

La rata le miraba con singular atención. Otra rata apareció por el mismo agujero. A Madigan le pareció que los minúsculos ojillos de los roedores eran como lamparitas rojas situadas en sus cráneos grises, adornados con unos enormes bigotes.

Una tercera rata apareció y Madigan empezó a sentir miedo. Tenía una navajita en uno de sus bolsillos y la sacó con mano temblorosa.

Otra rata surgió y chillo agudamente. Madigan se arrastró hacia atrás, hasta que su espalda chocó contra la pared. Más y más ratas surgían por el agujero y casi de repente, todas al mismo tiempo, se lanzaron sobre la apetitosa presa que era el hombre de la pierna rota.
Madigan chilló agudísimamente, mientras manoteaba con enloquecido frenesí para librarse de aquellos centenares de diminutas mandíbulas, que mordían incesantemente por todas las partes de su cuerpo. El dolor de la pierna rota quedo sumergido por el causado por los innumerables mordiscos que recibía en forma ininterrumpida.

Una vez había intervenido en una película de terror en la que se veía a un hombre caído en un estanque lleno de pirañas que lo devoraban en pocos momentos. Había tomado parte del equipo de efectos especiales y, en algunos instantes de la filmación, le había parecido que se trataba de una escena auténtica.

Ahora creía hallarse en aquel estanque lleno de peces carnívoros. Las mordeduras debían de causar el mismo dolor, aunque fuesen hechas por ratas. Pero el resultado, en su caso, sería catastróficamente sangriento.

No no había efectos especiales. Las ratas eran reales.

Arriba, en el salón pequeño, Hardison volvió a llenar las copas.
—Jim ya no volverá a molestarnos —dijo.

Laude asintió. . . .
—Empezaba a ponerse pesado —sonrio—. ¿Morirá ae
hambre?
Hardison sonrió.
—Cacé unas cuantas docenas de ratas. Han estado varios días sin comer —respondió.

Vació su copa y miró sonriendo a la mujer.
—¿Qué tal se portó Scott? .
—Psé... Al principio parecía un jovencito, pero se desinfló muy pronto —contestó ella desdeñosamente.
Hardison la agarró por un brazo.
—Hay una habitación en buenas condiciones —dijo.
—Las mías son excelentes —contestó ella, guiñándole un ojo.

CAPITULO III

Cuando oyó el timbre de la puerta, Harry Greville maldijo entre dientes ai importuno que venia a apartarle del estudio de un caso que había tomado pocos días antes. Era un asunto apasionante y creía haber encontrado la solución beneficiosa para su cliente. Y más que en el dinero que cobraría, pensaba en la reputación que llegaría después de su triunfo en el tribunal.

Rezongando dicterios, se levantó, salió del despacho y cruzó la sala. Al abrir, respingó.
—¡Usted! —exclamó, sin poder contenerse.
Thalia sonrió.
—Sin duda, no esperaba mi visita —dijo.
—En absoluto. —Greville se echó a un lado—. Pero entre, se lo ruego... Por cierto, ¿ha recobrado ya la memoria?
—Si se refiere a un pasado encuentro entre los dos, le diré que no es cierto. Insisto, jamás le había visto a usted hasta aquel día.

Greville estaba llenando ya dos copas.
—Entonces, ¿tiene una hermana gemela? —dijo.
—No. Soy yo sola. No tengo a nadie en este mundo.
—Se llama Thalia Penn y la apodan «La Garza». —Greville le entregó una copa y la miró de arriba abajo—. Es esbelta como una garza auténtica —añadió—. No quiere sentarse?

Thalia fue al diván y cruzó las piernas. Greville apreció que eran muy hermosas. Enfundadas en seda negra, muy fiaría, tanto que parecía gris, aún resultaban mucho más atractivas.
—¿Quién le ha dicho mi apodo? —preguntó ella.
—El inspector Hampton, del Yard. Es amigo mío.
—Ah... Lo conozco. Anda casi constantemente detrás de mí.
—Reconocerá que tiene sus motivos, señorita Penn —dijo Greville.

El pecho de la joven se dilató bruscamente.
—La acusación de asesinato era infundada —dijo.
—¿Y los otros cargos?
—Bueno... A veces... Una tiene que vivir, aunque siempre devuelvo los documentos de las carteras que «afano».
—¿Le gusta esa clase de vida?
—No mucho. Hay otras formas peores de ganarse el pan de cada día.
—¿Por ejemplo?
—Imagíneselo, hombre.
Greville hizo un movimiento de cabeza.
—Desde luego —respondió—. Pero supongo que no ha venido a

verme sólo para repetirme que jamás nos habíamos encontrado hasta el otro día, ¿verdad?
—Es cierto. Me informé acerca de usted. Sé que es buen abogado. Necesito sus servicios.
—¿Cuál es su problema, señorita Penn?
Thalia abrió su bolso y sacó cigarrillos. Cuando tuvo uno en la boca, ofreció el paquete a su anfitrión. Greville lo aceptó y esperó a que la joven empezase a hablar de nuevo.
—Mi problema es —dijo ella por fin— una residencia en el campo, a unas sesenta millas de Londres, y las tierras que la circundan, algo así como un centenar de hectáreas.
—No es un pañuelo, precisamente —comentó el abogado— . ¿Qué le sucede con la propiedad?
—Es mía, pero no puedo demostrarlo legalmente y, por tanto, no puedo venderla, cosa que me agradaría mucho. De este modo, solucionaría mi difícil situación económica.
—¿De modo que la casa y las tierras le pertenecen, pero
-
no está en condiciones de probarlo ante la ley? ¿Por qué?
—Faltan los documentos necesarios, entre ellos el testamento de mi padre, difunto hace siete años. Mi madre murió cuando yo tenía cinco y casi no conservo recuerdo de ella. Pero si encontrásemos el testamento, podría decirse que hemos ganado el ochenta por ciento del caso.
—En el testamento sólo se mencionan nombres, y un nombre no es siempre garantía de derechos hacia una cosa determinada —alegó Greville.
—Sí, es verdad, sólo que mi padre, a fin de cuentas, resultó un hombre muy previsor y describió una particularidad mía que puede ser sumamente interesante a la hora de probar mis derechos a la propiedad. Sin embargo, lo mejor de todo es que me hizo imprimir las huellas digitales al pie del documento. Bajo cada una de las huellas está su firma, autentificando que me pertenecen y que, por tanto, soy su legítima heredera de todo cuanto poseyera a su muerte.
—Un testamento muy curioso —dijo Greville—. Parece que, con él en la mano, podría probar incuestionablemente sus derechos a esa propiedad. ¿Falta algo más?
—Sí, los títulos legales, expedidos por el registro de Hae kettshirc. Sé que mi padre los tenía, pero nunca conseguí encontrarlos. No obstante, estimo que, con el testamento, y puesto que la propiedad está inscrita regularmente en dicho registro, podríamos conseguir que un tribunal me atribuyese tales derechos incuestionablemente.

Entonces, yo podría poner la posesión a la venta o tal vez arrendar las

tierras por una cantidad anual que me sacara de mis penurias actuales.
Greville sonrió.
—Habla usted como un abogado —dijo—. Sin duda, su «profesión» le ha hecho conocer el lenguaje curial.
—Algo se pega, en efecto. Bien, ¿qué me contesta usted?
—En principio, no tengo por qué negarme. No obstante, estimo que debo serle sincero, señorita Penn. Puede resultar un pleito muy caro.
—Si encontramos el testamento, puede decirse que no habría pleito.
—Cierto, pero esa búsqueda no se realizará sin gastos.
Thalia se mordió los labios. De pronto, aplastó el cigarrillo contra el cenicero.
—Lo malo es que yo me encuentro ahora sin blanca —murmuró.
Inesperadamente, se puso en pie.
—¿Puede indicarme dónde está el baño? —solicitó.
—Oh, claro, desde luego...

Greville la acompañó hasta la puerta del baño. Luego regresó a la sala y se sirvió otra copa.

Se sintió preocupado. Desconfiaba de Thalia. ¿Acaso quería hacerle objeto de alguna jugarreta?
¿,Una estafa?

Desazonado, se preguntó si debería consultar el caso con su amigo el policía. Una vocecita interior le inducía a dar crédito a las declaraciones de la joven, pero, al mismo tiempo. su experiencia le hacía desconfiar de su pretendida since ridad. Lo mejor sería, decidió finalmente, entrevistarse con el inspector Hampíon. Como policía, su amigo tenía muchos medios de enterarse de cosas que debían quedar ocultas para la masa.

Transcurrieron algunos minutos. Greville se extrañó por la tardanza de la joven en regresar al salón, pero no le pareció prudente ir a la puerta del baño a darle prisa.

De repente, oyó la voz de Thalia:
—¡Señor Greville! Por favor, ¿puede venir?
Intrigado, el joven cruzó la sala y llegó al baño. Tocó en la puerta con los nudillos y Thalia volvió a dejarse oír:
—No, ahí no. En su dormitorio, señor Greville.

El joven respingó. Giró un poco a su derecha, abrió la puerta del dormitorio y vio a Thalia, en pie junto a la cama y completamente desnuda.
* * *

Durante unos segundos, Greville no supo qué decir. Pasmado de asombro, contempló la escultural figura de la joven, sobre cuyo cuerpo no quedaba una sola prenda de ropa. Ella sonreía de un modo peculiar y tenía la mano derecha apoyada en la cadera.
—Bien, señor abogado, lo siento mucho, pero ésta es la única forma de pagarle sus honorarios. En estos momentos, no tengo un solo penique y...
Greville emitió un bufido de ira. Sí, Thalia le había tendido una encerrona. Desconocía ios motivos y se dijo que el pleito que había mencionado no era sino una invención de una mente fértil en trucos de mala ley.
En el breve espacio de tiempo que permaneció silencioso, pudo fijarse en la pequeña mancha de intenso color rojo que Thalia tenía bajo el seno izquierdo y que parecía una mano, perteneciente a un ser diminuto, un gnomo o un elfo mitológico. Pero, haciendo un esfuerzo, consiguió reaccionar y dio media vuelta.
—¡Vístase! —rugió por encima del hombro—. Tiene diez minutos para ponerse las ropas y salir de mi casa. Pasado ese plazo, yo mismo la pondré de patitas en la calle, esté como esté, ¿me ha oído?
Thalia suspiró largamente, pero no dijo nada. Antes de finalizar el plazo marcado, recogió su bolso en la sala.
—Lo lamento mucho. Pensé que...
—Señorita Penn, quiero que sepa una cosa —dijo con energía—. No soy un misógino ni tengo tendencias extrañas en cuanto se refiere al sexo. Pero, por regla general, suelo elegir yo el lugar y la ocasión, además de la persona adecuada para compartir mis... expansiones. ¡Buenas tardes!

Thalia inclinó la cabeza. Fue a decir algo, pero guardó silencio y, sin pronunciar palabra, salió de la casa. La puerta se cerró violentamente a sus espaldas.

Momentos después, estaba en la calle. Un hombre, que sostenía una pipa con Sos dientes, se acercó a la joven.
—¿Interesante la entrevista, «Garza»?

Thalia le miró con ira.
—¡Vayase al diablo, maldito polizonte! —barbotó.

Hampíon soltó una risita.
—Dame una ocasión, por mínima que sea, y volveré a meterte en la cárcel —dijo—. ¿Qué fantástica historia le has contado esta vez a mi amigo el abogado?
—Lo que le he contado es la pura verdad, pero él no ha querido creerme —respondió Thalia—. Y si duda de mis palabras, entre a

verle y lo sabrá de sus labios. A él sí le dará crédito, ¿verdad?
—Para mí lo tiene, «Garza».
—Señorita Penn, si no le importa, inspector.
—Oh, sí, señorita Penn. Como usted diga, señorita Penn —contestó Hampton burlonamente. Chasqueó los dedos—. Anda, lárgate y mide bien tus pasos o te llevarás un serio disgusto. Y piensa que no estás aún completamente descartada como posible sospechosa del asesinato de'Charley Finlay.
—Yo no lo maté, inspector, se lo juro —protestó Thalia.
—Bueno, bueno, menos cuento y mueve las alas, «Garza». Oh, perdón, señorita Penn...
Thalia dijo algo entre dientes y se alejó con vivo taconeo. Pero, al doblar la próxima esquina, se detuvo unos instantes, metió la mano en su escote y sacó algo que le hizo lanzar una alegre carcajada.
—¡A! menos, no he perdido el viaje! —exclamó, mientras se abanicaba con los seis billetes de diez libras que había «afanado» en casa de Grevilie.
* * *
—Es curioso. Yo siempre pensé que Thalia se dedicaba a las billeteras de los caballeros y a los bolsos de las señoras. En ocasiones, también mete mano a alguna pulsera o collar mal sujetos, pero jamás la oí hablar de nada semejante a una herencia de importancia —dijo Hampton minutos más tarde, después de que Greville le hubiese relatado los pormenores de la entrevista sostenida con la joven.
—Quizá ha descubierto una nueva forma de arrebatar el dinero a la gente —opinó Greville.
—Es posible. Harry, a ti, ¿qué te pareció?
—Por un lado, daba la impresión de ser sincera. Por otro. me hizo dudar. Sus antecedentes, ¿sabes?
—Tienes razón —convino el policía—. ¿Te dio el nombre de la propiedad?
—Sólo mencionó la localidad donde se encuentra esa posesión,

Hackettshire. Pero no sé más...
Hampton recargó su pipa.
—Haré una llamada a la policía local —dijo—. Ya te contaré lo que sepa. Mientras tanto, ¿puedo pedirte un favor?
—Desde luego, Mark. ¿Qué te ocurre?
—Tengo que echar un vistazo a una casa donde se juega y en la que, al parecer, los clientes que ganan más de una libra pueden contarse con los dedos de una mano. El propietario no me conoce, pero tengo informes de que es un tipo con una vista excepcional. Si fuese solo, podría sospechar. En cambio, si tú me acompañas, podría pasar

desapercibido... Por supuesto, no voy a practicar ninguna detención; simplemente, quiero hacer el ojeo para una posible incursión.
Greville sonrió.
—No tengo ningún inconveniente —dijo—. Me pongo la chaqueta y nos iremos ahora mismo.
—Claro, Harry.

El joven se alejó. Instantes después, Hampton le oyó gritar de cólera:
—¡Maldita ladrona!
Hampton corrió hacia el dormitorio. Al verle en el umbral, Greville le enseñó la billetera.
—Al menos, en esto tenía razón. Siempre respeta la documentación de los pájaros a los que despluma.
El policía comprendió y se echó a reír.
—¿Cuánto, Harry?

—Sesenta libras. Menos mal que no me hizo el numento en el despacho; allí guardo casi trescientas y...
—Mañana enviaré a uno de mis subordinados para que la enchironen —dijo Hampton—. Y tú irás a mi comisaría a formular la denuncia...
—Oh, ¿de qué serviría? No hay más pruebas que mi palabra, Mark.

Otro abogado la sacaría inmediatamente a la calle y yo sólo conseguiría hacer el ridículo más absoluto. Déjala en paz; pagaré sesenta libras por mi estupidez y así no volveré a repetirlo más. ¿De acuerdo, inspector?

Hampton hizo un amplio gesto con las dos manos.
—La decisión es tuya, abogado —contestó.

CAPITULO IV

La bola terminó de dar vueltas y se detuvo en un determinado número. El «croupier» cantó la jugada. Una hermosa mujer hizo un gesto de decepción.
—Otra vez —murmuró.

Greville se fijó en la bella perdedora, cuyo rostro le pareció vagamente conocido. Sin embargo, no podía recordar dónde la había visto antes de aquella noche.

Era muy rubia, con un enorme peinado, que parecía imposible de sostenerse sin una armazón interior. En torno a su cuello tenía un collar de perlas de tres vueltas y en su desnudo brazo izquierdo emitían cegadores destellos un par de pulseras repletas de pedrería.

El vestido era de color rojo fuego y muy escotado, aunque los senos, de perfectos contornos, quedaban completamente ocultos. Una vez miró al joven y le sonrió, pero Greville se dio cuenta de que era una sonrisa de circunstancias, en modo alguno provocativa.

La rubia se había quedado sin fichas y dijo algo al encargado de la mesa. El hombre asintió y se marchó. A los pocos momentos volvió, se inclinó hacia la jugadora y le dijo algo al oído. Ella hizo un gesto afirmativo y se puso en pie.

Greville observó que la rubia desaparecía al otro lado de una puerta. A su lado, Hampton murmuró:
—Seguramente, ha ido a solicitar un crédito.
Greville echó a andar.
—Escucharé en tu nombre —dijo.
Con aire intrascendente, se acercó a la puerta y sacó un
cigarrillo. Luego, mientras simulaba buscar el encendedor, hizo girar el pomo y abrió un centímetro. Dos voces, una de mujer y otra de hombre, llegaron inmediatamente a sus tímpanos.

—Lo siento, señora Sparry, pero no puedo concederle mas crédito... Ya debe a la casa cinco mil libras...
—Entregaré estas joyas como garantía del préstamo que le pido —dijo la rubia—. Diez mil, si no le importa, señor Cobham.

Hubo una pausa de silencio. Luego, sonó nuevamente la voz masculina:
—Seis mil libras, señora Sparry.
—¡Las joyas valen más de treinta mil...
—Lo siento. Seis mil o nada, señora.

Greville oyó un suspiro.
—Está bien, seis mil libras.
—Tome este papel y vaya a la caja. Le darán fichas por la cantidad que ha solicitado, señora Sparry.
—Gracias, señor Cobham.

Greville se apartó de la puerta. La rubia salió en aquel mismo instante y se dirigió a la garita protegida por unas rejas doradas, tras la cual se hallaba el cajero de la casa.
Luego volvió a la ruleta. Esta vez, la rubia tuvo la suerte de cara.

Greville pensó que su amigo era un exagerado. A veces, los clientes ganaban.

La rubia ganó casi treinta mil libras. Nadie se explicaba su racha afortunada. El dueño, Dennis Cobham, tema la cara verde.
La señora Sparry se levantó al fin de la mesa de juego. Un hombre alto, delgado, elegantemente vestido, con un tino bigotito negro, abandonó también la ruleta. Hampton toco en el codo a su amigo.
—Juraría que la rubia ha hecho trampa —murmuro.
—¿En la ruleta? —se asombró Greville.
—A veces hay tipos muy listos, Harry.
—Ella tuvo las manos todo el tiempo a la vista...
—Sí, pero alguno de los «puntos» era cómplice suyo. Estas cosas no se hacen sin un cómplice.

—Entiendo. La señora Sparry llamaba la atención y nadie se fijaba así en su compinche, ¿verdad?
—Exactamente.
—Bien, Mark, ha habido trampas, en efecto, pero no por parte de la casa. ¿Qué piensas hacer?
Hampton se echó a reír.
—Por ahora, nada. Dennis Cobham se merecía de sobras esta pequeña lección —contestó—. Pero algún día le daremos una nosotros que no olvidará jamás.
Greville se escandalizó.
—Pequeña lección... ¡Ha ganado casi treinta mil libras!
—Era sólo una metáfora —rió el policía, enormemente satisfecho de la derrota de Cobham—. Anda, vamonos a tomar una copa por cualquier parte. Y, por cierto, ¿has ganado algo, Harry?
Greville se echó a reír.
—Hombre, no se me ha dado mal la noche —contestó—. Tuve la corazonada de hacer la última apuesta al mismo número que la señora Sparry. Había perdido cuarenta libras y aposté veinte.

Conseguí un pleno, ¿sabes? En total, setecientas libras. No está mal, ¿eh, Mark?
—A Cobham se le hará esta noche una úlcera grande como mi mano —dijo Hampton alegremente.
Los dos amigos se separaron más tarde. Dos días después, Hampton llamó a Greville:
—Oye, lo de la «Garza» parece ser cierto. He hablado con el sargento de policía de Hackettshire y me ha dicho que...
Hampton relató todo lo que sabía. Cuando terminó, Greville le formuló una petición:
—Mark, tú puedes conseguirlo. ¿Por qué no buscas a Tha-lia y le dices que venga a mi casa?
—Haré lo que pueda, Harry —prometió el policía.
* * *
Greville regresó a su casa y lanzó la cartera sobre el diván, á la vez que emitía un profundo suspiro de satisfacción. Luego se quitó la chaqueta y se dispuso a prepararse una ; copa.
En el mismo instante, surgió alguien con una bandeja en las manos. Sobre la bandeja se veía una copa llena, adornada con una aceituna. La bandeja estaba sostenida por una hermosa joven, vestida de negro, con cofia, cuello, puños y delantal blancos.
—Permítame que le felicite, señor —dijo Thalia—. Ya sé que ha tenido un gran éxito en el tribunal y por eso me he permitido preparar la copa de la celebración.

Greville se quedó con la boca abierta.
—Pero ¿qué diablos hace aquí? —gritó—. ¿Quién le ha dado permiso para entrar en mi casa y, además, vestida de esa manera?
El timbre de la puerta sonó en aquel instante.
—Con su permiso, señor... Tómese la bebida pronto o perderá buena parte de su virtud...
Greville se sentía estupefacto. Thalia cruzó la sala, abrió y se encaró con la persona que había llamado.
—Lo siento, señora; ha llegado tarde. El puesto está ya ocupado... No, no tiene que disculparse de nada. Adiós.
Thalia cerró la puerta de nuevo. Greville la miraba, con la copa en la mano.
—El señor puso un anuncio en los periódicos —dijo la joven—. Me he permitido venir a ocupar el puesto de sirvienta. Discutiremos la cuestión del salario en otro momento, aunque debo decirle que acepto el que quiera darme como recompensa por mis servicios. ¿Desea el señor que le prepare el baño?
—¡Lo que deseo es que se vaya de aquí! —barbotó ! Greville.
—Entonces, ¿el señor no me contrata? —preguntó Thalia

compungidamente—. Pensé que le agradaría como sirvienta...
—Señorita Penn...
—Thalia, se lo ruego, señor —dijo ella.
—Muy bien, Thalia. Es cierto, necesito una sirvienta y puse un anuncio en los periódicos. Pero usted no me parece la persona adecuada para ocupar el puesto.
—¿Por qué no? Sé llevar una casa, guisar, hacer la limpieza, ocuparme de la compra... ¿Va a rechazarme por mis antecedentes?
—Mujer, no... ¡Pero me robó sesenta libras el otro día —chilló el joven.
—Lo admito, señor. —Thalia bajó la cabeza—. Siento tener que decirle que me considero culpable de ese robo. Pero, en aquellos momentos, no llevaba un penique encima y la dueña de la pensión me había amenazado con echarme a la calle si no le pagaba lo que le debía. Por eso... me atreví a registrar su billetera...

Greville la miró Con desconfianza.
—Thalia, ¿no me está contando un cuento dramático?
—Le aseguro que es verdad, señor. Si hubiese dispuesto
de dinero, ¿cree que hubiera estado decidida a pagar sus honorarios de aquella forma... tan poco honorable?
Greville carraspeó.
—Thaila, ¿de veras estaba decidida a... a...? Bueno no me haga decir cosas... indecorosas...
—Estaba decidida, desde luego, siempre que el señor se hubiese comprometido a hacer el trabajo que le había solicitado —contestó la joven.
—¿Y siempre hace eso, cuando quiere algo y no tiene dinero para pagarlo?
—¡Por supuesto que no! —repuso ella vivamente— Era y sigue siendo, un caso excepcional. Estos días he adquirido mas información. Por la propiedad de Hackettshire podría obtener, sin demasiado esfuerzo, un mínimo de doscientas mil libras esterlinas, en venta al contado. Caso de que decidiera poner las tierras en arrendamiento, quedándome la casa y un pequeño trozo de terreno alrededor, obtendría como mínimo veinticinco mil libras de renta anual.
—Seria una mujer rica, indudablemente —observó Greville—. y, ¿sabe? creo que puede obtener todos los derechos sobre esa propiedad,
Thalia palmoteo jubilosamente.

—¡Dios mío, qué noticia tan maravillosa! ¿Cómo lo ha sabido, señor? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Ha hecho algunas pesquisas?
—Un buen amigo indagó por mí. Ciertamente, no es amigo suyo, Thalia. Me refiero, por supuesto, al inspector Hampton.
Ella hizo una mueca.

—Ah. «El Patoso»... —dijo despectivamente.
—Hampton es un hombre muy inteligente. No tiene nada de torpe —contestó Greville, en defensa de su amigo.
—Se lo llaman porque, cuando era un simple guardia, tenía mucha afición a romper puertas ajenas a patadas —explicó Thalia de mal humor—. Le habrá contado pestes de mí, ¿verdad?

—Bueno, lo cierto es que su vida no resulta demasiado favorecida por la virtud, la bondad y la caridad hacia los demás —repuso el joven sarcástocamente—. Pero hablemos de su asunto. Acepto el caso y, si lo soluciono satisfactoriamente. ya le pasaré la minuta de honorarios.
—El cinco por ciento, si vendo en el acto —propuso Thalia—. Si prefiero establecer un contrato de arrendamiento, le daré la misma suma que si hubiese vendido la propiedad al contado, después de hacerla evaluar por un experto. ¿Le parece bien?
—Su sueldo, por ahora, será de sesenta libras mensuales, comida y alojamiento. Me debe una cantidad análoga y, mientras se soluciona su problema, se la descontaré en plazos de diez libras mensuales. ¿De acuerdo?
Thalia le tendió una mano, pero la retiró inmediatamente, antes de que el joven llegara a tocarla.
—Dispense el señor... Sí, me parece un acuerdo excelente. Y, créame, no tendrá más quejas de mí en lo sucesivo... Aunque le parezca raro, estoy deseando cambiar de vida...
—Un propósito muy noble, Thalia. Espero que sea constante y no vuelva a las andadas. No podría hacer nada por aliviar los malos humores del inspector... «El Patoso».
—Repito: no tendrá más quejas de mí, señor —prometió la joven-. Y con el permiso del señor, iré a preparar la cena. ¿Desea algún menú especial, señor?
—Lo dejo todo en sus manos, Thalia.
—Gracias, señor.
La joven dio media vuelta. De pronto, Greville recordó
algo.
—¿Thalia?
Ella giró de nuevo.
—¿Señor?
-Perdone la curiosidad... Es algo que pude ver el otro día . Bueno, cuando usted quería pagarme... -Greville, un tanto nervioso, tosió y carraspeó un par de veces antes de proseguir-: Esa marca que vi en su cuerpo, debajo del... del... izquierdo...
—Ah, la marca de los Penn... El sello escarlata de la maldición —contestó la joven, muy seria.
Greville se quedó atónito. Antes de que pudiera seguir hablando, ella

agregó:
—Se lo contaré en otro momento, señor -se despidió.
La mano del joven subió hasta su nuca, para rascársela con gesto lleno de perplejidad.
—El sello escarlata... una marca de maldición...
Meneó la cabeza. La verdad era que Thalia le estaba resultando muy fantasiosa. Sin duda, tenía ganas de broma.
Y para él, aquella extraña mancha en su blanco cuerpo no era sino un vulgar capricho de La naturaleza, por lo que decidió dejar de preocuparse por el asunto y no volvió a mencionar más el tema.

CAPITULO V

Dermis Cobham se sentía muy furioso cuando llegaba en el coche a Darnley Hou%. Tenía motivos para ello.

Y pencaba hacérselo saber a la señora Sparry. De una forma u otra, aquella desvergonzada iba a devolverle todo lo que se había llevado de su mesa de ruleta.

—Hasta ahí podíamos llegar —gruñó. en el momento en que el coche se detenia frente al edificio—. Esa zorra no sabe quien es el hijo de mi madre y hoy se va a enterar de una vez para siempre.

El automóvil se detuvo. Iba conducido por un sujeto de
rostro estólido y moral inexistente, llamado Pete Gray. Gray
llevaba muchos años al servicio de Cobham y era hombre
que obedecía cualquier orden sin rechistar. Cobham tenia plena confianza en Gray y sabia que no le dejaría a merced de
un riesgo, en ninguna ocasión.

Cobham se apeó del coche. Gray le miro inquisitivamente.

—Aguárdame aquí. Pete —dijo—. Si tardo más de quince minutos, entra y sácame como sea. ¿Entendido?

-Si. jefe.

Cobham se acercó a la puerta y tiró del cordón de la campanilla que había a un lado. La puerta se abrió después de un largo minuto de espera.

On hombre apareció en el umbral. A Cobham le pareció haberle visto antes en alguna parte. El individuo pareció sobresaltarse, pero recobró la compostura instantáneamente.

—¿Desea algo, señor Cobliam? —preguntó.

— Tengo entendido que la señora Sparry vive aquí —dijo el recién llegado.

—Se equivoca, señor...

Una voz femenina sonó en aquel momento.

—Wern, ¿quién es?

—¡Ella! --rugió Cobham—. Reconocería su voz en cualquier sitio y en el acto. ¡Vamos, señora Sparry, déjese ver!

Una hermosa joven apareció por una puerta y miró sonriendo a! visitante.

— ¡Ah, señor Cobham! —exclamó—. No sabe cuánto agradezco su presencia en mi casa. ¿Quiere pasar y tomará una copa en mi compañía?

Cobham avanzó unos pasos.

—-Usted no parece... Pero su voz...

—Soy la misma, amigo mío —contestó ella—. Sólo que con un aspecto algo distinto, claro. La peluca, otro traje... A una mujer joven y no mal parecida le agrada cambiar de aspecto en ocasiones.
—Su criado ha dicho que me equivocaba. ¿Por qué, señora Sparry?
--Bueno, a veces uso el apellido de mi ex marido. Soy divorciada, ¿sabe? Mi verdadero nombre es Thalia Penn... pero entre, entre y no se quede ahí parado. Supongo que tendrá buenas razones para visitarme, ¿no es así?
—¡Treinta mil buenas razones! —gruñó Cobham—. Usted sabe a qué me refiero, señora Sparry o señorita Penn, como prefiera que la llamen.
—Me es indiferente —contestó ella, mientras cruzaba el umbral de una estancia—. ¿Debo suponer que las treinta mil «buenas razones» a que alude se refieren a la suma que gané en su casa de juego?
—Lo sabe demasiado bien. Hizo trampa, señora... Mejor dicho, hicieron trampa usted y ese sujeto que me ha recibido. Llegaron a mi casa sin conocerse, aparentemente, pero se sentaron a la misma mesa. Usted fingió perder primero cierta cantidad, a fin de engatusarme, y luego su cómplice hizo funcionar la trampa que obligaba a caer la bola en la casilla deseada.

Sin dejar de sonreír, ella le entregó una copa y luego fue a sentarse tras la mesa de trabajo. Con la mano izquierda le indicó una silla situada enfrente.
—Siéntese y hablaremos con toda tranquilidad —propuso—. De modo que, según usted, hicimos trampa, ¿no es así?

Cobham despachó su copa de un trago.
—Han ido a mi casa en varias ocasiones para ganarse mi confianza, usted, naturalmente ¿.Sabe que las joyas que me entregó son falsas?
—También su ruleta es falsa —contestó ella sin pestañear—. Es cierto que mi amigo y yo fuimos en varias ocasiones a su casa, para, como suele decirse, explorar el terreno. Mi amigo, el señor Hardison, es un experto, y se dio cuenta muy pronto de que su ruleta estaba trucada.

Entonces fue cuando decidimos darle una lección.
—Señora Sparry, a mí no me da nadie lecciones de nada —dijo Cobham agudamente— He venido a buscar ese dinero y no me iré con las manos vacias. Tengo en el coche sus malditas joyas y se las entregaré a cambio de veinticuatro mil libras esterlinas. Perdió seis mil y daré esa deuda por saldada si usted se aviene a pagarme la suma mencionada.
La joven sonrió de una forma muy extraña.
—¿Y si me niego? —preguntó.
Cobham sacó una pistola.

—Su compinche llevaba oculto entre las ropas un potente electroimán, que conectaba en ocasiones, cuando usted le hacía señas de que la ocasión era propicia. Puede que ese bribón sea un experto, pero yo también conozco a expertos, que son quienes me dijeron el truco empleado por ustedes dos. Así que o me devuelve el dinero o...
—¿Disparará contra mí? —dijo ella sin inmutarse.
—Puede estar segura de que lo haré —respondió Cobham.
La joven suspiró.
—Está bien, no tengo otro remedio que admitir mi derrota. Le extenderé un cheque por la suma citada.

Ella abrió el cajón central y metió la mano. Un segundo después, Cobham sintió que la silla se inclinaba violentamente hacia adelante.

Grito al notar que era proyectado hacia el negro ahujero que acababa de abrirse a sus pies. Manoteó desesperadamente, buscando un asidero, pero no consiguió encontrar nada a lo que agarrarse. La pistola se escapó de su mano y fue a parar al suelo, quedando justo al borde de la trampilla

Volteo mientras caía y chocó de espaldas contra el duro suelo. El golpe lo dejo aturdido unos momentos, durante los cuales perdió el conocimiento casi por completo.

Hardison asomó por la puerta y miró a la joven Ella asintió.
—Listo —dijo.
-Bien yo me encargaré del otro. Sal de aquí, Laurie tila abandonó rápidamente e! despacho. En el mismo instante, Gray salía del coche.
Cuando iba a llamar a la puerta, apareció Hardison __ —Entre —dijo — Su jefe está muy entretenido con la señora Sparry.
Gray le miró hoscamente.
—Quiero verlo —manifestó.
—¿Ahora? —Hardison se echó a reír—. Oiga, no puede interrumpir a su jefe en lo mejor del asunto. ¿Es que no , tiene imaginación?

Hardison le dio una Palmada en el hombro
—Venga, venga y tomaremos una copa...
Gray se dejó llevar hasta el despacho. Cinco minutos más tarde, caía en la misma trampa que su jefe.
Gray, sin embargo, descendió en mejor posición y se levanto casi en el acto. A su lado sonó de pronto un sordo quejido.
—¡Jefe!
—Me duele la espalda... —se quejó Cobham.
—Esos bastardos nos han engañado... Pero saldremos de aquí, se lo juro -barbotó el chófer-. Espere un momento, encenderé un fosforo

para saber dónde estamos
A La luz de la minúscula llama, Gray pudo apreciar que estaban en un cubículo de paredes de cemento y de no más
36-
de tres metros de lado. La altura era de casi cinco metros y resultaba imposible alcanzar el techo con las manos.
Sin embargo, algo se podía hacer, pensó. Apagó la cerilla y se arrodilló junto a Cobham.
—Jefe, cuando se encuentre un poco mejor, usted se subirá en mis hombros y tratara de abrir la trampilla ; Entendido?
Cobham asintió pesadamente.
—De acuerdo, pero deja que me reponga unos minutos...
De pronto, lanzó un chillido. Algo acababa de morderle en una mano.
—¡Jefe ¿Qué le ocurre? —gritó Gray.
En el mismo instante. Gray sintió también una mordedura en la pantorrilla derecha, que había quedado al descubierto dada su postura de arrodillado en el suelo. Furioso, encendió otro fósforo y entonces sintió que los pelos se le ponían de punta.
—¡Ratas! —aulló.
Uno de los roedores le saltó a la cara. Gray lo apartó de un manotazo.
Cobham empezó a chiüar frenéticamente. El fósforo se apagó y volvió la oscuridad. Atacados por centenares de roedores, los dos hombres manoteaban enloquecidos. Perdida la razón, Gray sacó su pistola y empezó a disparar a diestro y siniestro.
Los fogonazos de los disparos iluminaron una horrenda escena. Cobham estaba caído en el suelo y se agitaba con horribles convulsiones. Su cuerpo se veía casi oculto por decenas de ratas que mordían con espantosa ferocidad.

Durante unos segundos, Gray se vio libre del acoso de los roedores. Pero éstos parecieron adivinar que se habían acabado las balas de aquella pistola y atacaron de nuevo.

—No me lo acabo de creer —dijo el inspector Hampton—. ¿Cómo es posible que hayas tomado a «La Garza» como sirvienta?
Greville emitió una sonrisita de conejo.
—Ya ves, tengo buen corazón y busco la rehabilitación de una delincuente —contestó.
—Quizá se rehabilite algún día, pero lo dudo, Harry. Sobre todo después de las noticias que traigo y que no tienen nada de buenas. ¿Quieres llamarla?
—Sí, desde luego...
Thalia apareció a los pocos minutos. El inspector Hampton estuvo a punto de soltar la carcajada ai verla ataviada con el uniforme de doncella, pero logró contenerse.

—Oye, «Garza»...
—Tengo un nombre, señor —contestó la joven rígidamente.
—Empléalo o te llamará «Patoso» —dijo Greville.
Hampton refunfuñó algo entre dientes.
—Está bien, Thalia. Las noticias que tengo no son demasiado buenas para ti. Pero antes, sin embargo, me gustaría volver sobre el asunto de Charley Finlay.
—Yo no lo maté. No tuve nada que ver con su muerte
—protestó ella indignadamente.
—Es posible, pero tampoco puedes probar tu inocencia de una forma absoluta, ¿verdad?
—Si usted no puede probar mi culpabilidad, es que soy inocente, al menos de un modo oficia!. ¿No es cierto, señor?
Thalia se había dirigido a Greville y éste asintió.
—Rigurosamente cierto. Mark, ella tiene razón —dijo el j joven—. Y, en nombre de Dios, ¿quién era ese maldito Finlay y por qué tuvo ella que asesinarlo, si es que lo hizo?!
—Finlay y tu eficaz y diligente sirvienta tuvieron relaciones en tiempos...
—¿Qué clase de relaciones? —preguntó el joven rápidamente.

—Profesionales —contestó Thalia con no menos viveza.
—¿Profesionales?
—Finlay era «decorador» de los personajes que, a veces,ella interpretaba cuando deseaba «limpiar» los bolsillos de algún incauto —explicó el policía.
—¿Decorador? No entiendo —dijo Greville desconcertado.
—La disfrazaba, vamos. Oficialmente, tenía una liersda de tatuajes.

Pero, en ocasiones, transformaba a Thalia de tal modo, que no la habría reconocido ni su propia madre. Un día, Finlay apareció muerto, con una bala en la frente.
—Jamás usé un arma de fuego —declaró ella enérgicamente.
—Nunca se usa hasta que llega la ocasión —dijo Hampton con aire sentencioso—. Bueno, eres sospechosa; lo que pasa es que no se te ha podido probar de un modo contundente. Pero si un día lo consigo...
—No lo logrará jamás, inspector.

—Veremos, muñeca. Mientras tanto, hablemos de otra cosa. Hay un tipo en el hospital, internado a consecuencia de un accidente de automóvil, llamado Marvin Scott. Ha permanecido un montón de días en coma y sólo recientemente ha recobrado el conocimiento. Cuando estuvo medianamente repuesto, Scott contó una historia muy curiosa. Los médicos, en un principio, creyeron que su relato era una secuela del accidente, pero Scott insistió tanto que, al fin, llamaron a ¡a policía.

Un agente fue al hospital, tomó declaración a! herido y luego me contó a mí lo que el hombre le había dicho.
—¿Es algo relacionado con Thalia, Mark? —preguntó Greville.
Hampton asintió.
—Scott dice que fue a Darnley House a fin de cobrar una deuda que su dueña tenía contraída con él. Thalia le debía nada menos que siete mil libras, en números redondos, y no sólo no canceló tal deuda, sino que encima le sacó cinco mil más.
—¡Eso es mentira! —protestó Thalia con gran vehemencia—. ¡No conozco a ese Scott y jamás lo he visto en los días de mi vida! Todo lo que ha contado usted, maldito «Patoso», es una sarta de calumnias...
Greville extendió una mano.
—Cálmese, Thalia —rogó—. Estoy seguro de que el inspector no habla sin una buena razón. ¿No es así, Mark?

—Cierto, Harry —contestó el aludido sin pestañear—. Aún más. Cuando Scott mencionó el nombre de esta bella y desaprensiva joven, mi subordinado buscó una fotografía, de las que tenemos en los archivos, y se la enseñó. Scott la identificó plenamente e incluso añadió, por si había lugar a dudas, que había visto en el cuerpo de Thalia una marca de nacimiento, de color rojo muy vivo y con la forma de una mano diminuta, de no más de dos centímetros de longitud.
Thalia se quedó sin respiración.
—Pero... eso no es cierto... Hace años que no he estado en Darnley House... Scott miente...

Hampton meneó la cabeza.
—Yo mismo he hablado con él —aseguró—. Le hice repetir su declaración desde el principio y él no tiene la menor duda de que estuvo contigo. Es más, añadió cierta historia que es lo que sí me hace, personalmente, dudar de la veracidad de su relato.

El policía repitió lo que Scott le había contado respecto a lo sucedido después de despertar en la cama junto a un esqueleto. Scott, espantado, había huido precipitadamente, no sin advertir que la casa parecía abandonada desde hacía muchísimos años. El pánico había sido tan grande, que había acabado por perder el gobierno de su coche, estrellándose contra un árbol.
—Todo eso me parece muy extraño --dijo Greville, una vez hubo terminado Hampton su parlamento—. Pero, de todas formas, no constituye ningún delito del que se pueda acusar a Thalia.
—Sobre eso habría mucho que hablar...
—Espera un momento, Mark, no te precipites —exclamó el joven—.

Thalia asegura tener derecho a la propiedad de Darnley House y yo

estoy encargado de resolver ese problema. Somos buenos amigos y sabes que no te jugaría una mala pasada. Pon a Thalia bajo mi custodia y yo responderé personalmente de su conducta. —Se volvió hacia la joven—. Es decir, si acepta esta proposición.

—-No tengo otro remedio —se resignó Thalia—. Pero quiero que sepan que yo no...
—Basta -cortó Grevilie—. Mark, ya está decidido. Yo averiguaré qué hay de cierto en las acusaciones de Scott Y de momento, y para ver qué sucede en Darney House, thalia y yo emprenderemos mañana el viaje a Hackettsnire. 1 en-go un gran interés por ver esa casa y enterarme de la realidad de lo ocurrido allí.
Hampton se puso en pie,
—Ten cuidado -advirtió-. Tu porvenir es muy halagueño. No lo estropees por un absurdo sentimiento de caballerosidad.
— Haré siempre lo que crea más adecuado para los intereses de mi cliente —contestó Greville muy serio.
Hampton levantó una ceja.
—Creí haber oído, y visto, que era tu sirvienta —dijo sarcástocamente, mientras la miraba de arriba abajo.
—¿Acaso soy el primer abogado que defiende a uno de sus empleados? —repuso el joven, cáustico.
los intereno menos

CAPÍTULO VI

—Abandone esa actitud —dijo Greville severamente—, Desde ayer no ha pronunciado una sola palabra y eso no la favorece en nada.

Thalia estaba en el asiento contiguo del coche y tenía los brazos cruzados sobre el pecho. A io lejos, empezaban a verse ya las primeras casas de Hackettshire.
— Pero ¿qué quiere que diga? —estalló ¡a joven—. Después de haber escuchado tal sarta de inmundicias...
—Thalia, por mi profesión estoy acostumbrado a oír muchas cosas —dijo él sin perder te calma
—. De momento, yo le otorgo el beneficio de la duda, pero tiene que ayudarme. si es que quiere conseguir algo. Y convendrá conmigo en que sus antecedentes no la favorecen precisamente.
—Hay gentes mucho peores que yo --respondió Thalia con hosco acento.
—De acuerdo, pero ahora tenemos que enfrentarnos con «sus» problemas y no con los de la «otra gente». Vamos, colabore y todo acabará bien.
—¿Qué puedo decir? Jamás he visto a Scott, hace años que no he

estado en Darnley Bouse y no me creo ia historia del tipo que asegura haber pasado ia noche conmigo, despertándose después junto a un esqueleto. No se me ocurre nada más.
—Es una historia verdaderamente extraña -—convino Graville—. Podría aceptarse la cancelación de la deuda v el pago de cinco mil libras por disfrutar de sus encantos... No se enoje, Thalia, pero eso sí parece razonable. En cambio, el esqueleto en la cama, la casa abandonada y polvorienta... No, no es admisible,
—Bueno, ahora la veremos, ¿no?
—A ello vamos, en efecto. Oiga, quiero hacerle una pregunta.
—Si puedo contestarla...
—Yo creo que si. Dígame, ¿qué es la maldición de los Penn? Vamos, esa mancha... El sello escarlata que usted tiene en...
—Es una mancha de nacimiento —respondió Thalia.
—Eso ya lo sé. Pero ¿por qué la califica de sello de la maldición o algo por el estilo?
—Me lo contó mi padre hace muchísimos anos. Naturalmente, me vio la mancha al nacer y luego en otras ocasiones, cuando me bañaba con traje de dos piezas... Pero la gente me miraba con mucha curiosidad y acabé usando un traje de baño completo.
—Parece lógico. Bueno, ¿qué le contó su padre?
—Es una leyenda en la familia y no todos los Penn han nacido con esa mancha. El que la tiene puede morir trágicamente, a menos que...
—¿A menos que...?
De pronto, ella se tapó la cara con las manos.
—¡No puedo seguir! —exclamó con acento lleno de aflicción—. Es demasiado horrible... ¿No ve las cosas que me están pasando? Me acusan de la muerte de Finlay, de una estafa a un hombre que no conozco... Todo eso me sucede porque llevo el maldito sello escarlata en mi cuerpo...
—Thalia, convendrá conmigo que algo de lo que le pasa es culpa suya estrictamente y no de unos hipotéticos poderes sobrenaturales —dijo el joven.
—Sí, pero... todo lo demás es excesivo...
Greville advirtió que estaban ya a punto de entrar en el pueblo y redujo la marcha. Palmeó suavemente la espalda de la joven y procuró consolarla.
—Vamos, anímese. Estoy seguro de que todo se resolverá satisfactoriamente, aunque .debo reconocer que no será fácil.

Y un día desaparecerá esa maldición y usted ya no tendrá que temer nada entonces.
Thalia inspiró profundamente.
—Lo dudo mucho... pero gracias por sus buenos deseos, señor.

—Hago lo que puedo —contestó él—, Y ahora, si no le importa, vamos a ver a un tal Hart Bulloney. con quien debemos entrevistarnos antes de dar el primer paso en este asunto.

—¿Quién es ese Bulloney? —inquirió la joven.
—El encargado del registro de la propiedad, además de administrador de Darnley House. ¿No lo sabia usted?

Ella hizo un gesto negativo.
—Prácticamente no sé nada de mi propiedad. Es más, hubo un tiempo en que llegué a creer que ni siquiera me pertenecía. Mi padre me dijo que la iba a vender porque tenía que pagar sus numerosas deudas... Pero, si no le importa, por ahora prefiero no hablar de tiempos muy amargos.
—Como guste, Thalia. Esperemos a ver qué nos cuenta el señor Bulloney.
* * *
—En mi opinión —dijo Bulloney, juntando las yemas de todos los dedos de sus manos—, si aparece el testamento del difunto señor Penn y se comprueban las huellas digitales de la señorita, el asunto quedará claramente resuelto y no habrá la menor dificultad en que el juez le otorgue la plena posesión de Darnley House y de todos los terrenos que la rodean.

Pero el testamento es vital, debo insistir en ello.

Bulloney era un hombre de más de cincuenta años, completamente calvo y con unos grandes lentes de gruesa montura. A Greville le pareció un tanto pedante y con cierta avidez de darse importancia, pero pensó que eran impresiones suyas y que, en el fondo, no tenían ninguna importancia.
—El testamento se ha perdido, desde luego —convino—.

Pero quizá haya alguien que pueda darnos noticias de su paradero.
—Había uná persona, en efecto —dijo Bulloney—. Era el abogado Stedler pero falleció el año pasado.
—¿Qué relación tenía Stedler con la propiedad?
—Bien, el señor Penn le encargó la redacción del testamento y, supongo, también le encomendó que lo guardase.

Greville se volvió hacia la joven.
—¿Sabía algo sobre el particular, Thalia?

—No —contestó ella—. Mi padre sólo me hizo poner las huellas en el documento, pero jamás mencionó nada sobre un abogado. Al menos, yo no lo recuerdo. Tenga en cuenta que entonces yo contaba

solamente diez años. Puede que mencionase el nombre de Stedler, pero, insisto, no lo recuerdo.

—Está bien. —Greville se volvió hacia el funcionario—. Señor Bulloney, mi cliente tiene interés en visitar Darnley House. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno —contestó el aludido, a la vez que abría un cajón de su mesa, para sacar una llave—. Es más, estoy deseando que se solucione este problema de una vez por todas.
—¿Por qué, si puede saberse?
—Compréndalo. Administro la propiedad, pero en precario. No sé quién es su propietario, ni me atrevo a hacer reparaciones... En fin, usted, como abogado puede hacerse cargo fácilmente de mi posición, señor Greville.
—Le entiendo perfectamente —contestó el joven, mientras hacía saltar la llave en la palma de la mano—. Dígame una cosa, por favor. Stedler murió, pero, ¿no dejó ningún sucesor en su bufete?
—No. Su viuda está aquí, en Hackettshire, aunque, por lo que tengo entendido, estaba casi completamente ajena a los trabajos de su marido.
—Gracias, señor Bulloney. Le devolveremos la llave hoy mismo.
—No corre ninguna prisa. Ah, por favor, solucionen pronto el problema. Ya tengo ganas de entregar a alguien la cuenta del banco.

—¿Una cuenta en un banco? —se extrañó Greville.

Bulloney sonrió.
—Casi veinte mil libras —respondió—. Hay una parte de Darnley House que está en arriendo y el arrendador ha pagado puntualmente la renta durante casi diez años. Claro que habrá que descontar un montón de impuestos que se deben al municipio, pero yo calculo que quedarán limpias algo más de quince mil libras.

Greville se volvió hacia la joven.
—No puede quejarse, Thalia —dijo.
—Tendremos que visitar a la señora Stedler —manifestó ella.
—Hoy mismo, si nos queda tiempo. Adiós, señor Bulloney.
—He tenido mucho gusto en conocerles —dijo el funcionario.
* * *
El camino ascendía por la suave pendiente de una loma en la que abundaban los robles y las encinas. A poco más de un cuarto de milla de la población se alcanzaba la cumbre y al otro lado, a menos de mil metros, se divisaba Darnley House.

La casa estaba en el fondo de un valle de suaves laderas y resultaba

invisible por completo desde Hackettshire. Un arroyo se deslizaba a poca distancia del edificio, se remansaba en un gran estanque creado artificialmente a quinientos metros y luego seguía su curso hasta perderse por la salida del valle.
—Un lugar muy agradable —dijo Greville—. Con buen tiempo, debe de resultar muy agradable vivir aquí.
—Si puedo, venderé —manifestó Thalia.
—En su lugar, yo no lo haría. Me quedaría con la casa y un buen trozo de terreno, incluido el estanque. El resto lo pondría en arrendamiento. Pero eso, claro, es asunto suyo. —-Sí, desde luego.
Minutos después, se detenían ante la casa que, apreció el
joven, tenía un estilo relativamente corriente. Sin embargo,
las visas a la vista y la hiedra que crecía en algunos puntos,
conferían ai edificio una apariencia de belleza que resaltaba
en conjunto bástente atractiva.

Greville se apeó del coche y fue hacia la puerta, que abrió sin vacilar. Dejó que Thalia pasara en primer lugar y luego la siguió. Ella se detuvo en eí centro del vestíbulo y contempló la decoración con ojos críticos.
—No se ha cambiado nada apenas —dijo, pasados unos momentos
—¿Se acuerdo de su infancia?
—Si. Lo pasé muy bien cuando era una niña, todo hay que. decirlo. Después...
El pecho de Thalia se agitó perceptiblemente. Greville hizo un gesto con la mano
— No siga —dijo—. Algún día se encontrará en situación de contarlo todo. ¿Qué le parece si damos una vuelta por la casa?

-—Conforme. Recorrieron ei edificio sin prisas examinando todo con el mayor detenimiento. Greville se acordó del testamento perdido y empezó a hurgar en lo que antiguamente había sido el gabinete privado del difunto dueño de la casa.
Pasó casi una hora antes de que suspendiera la tarea Desalentado, extendió los brazos.
-—Nada —suspiró—. Sólo nos queda el recurso de visitar a la señora Stedler y tratar de conseguir que recuerde algo sobre el particular
—Es una buena idea —concordó Thalia-, Oiga, Bulloney nos dijo que una mujer viene periódicamente a hacer la limpieza de la casa., una vez por mes o algo por el estilo. Quizá se haga qué en algún momento de descanso... Voy a ver, si le parece bien.
—Encantado, Thalia.
Greville encendió un cigarrillo, mientras ia joven salía del despacho. Apenas un par de segundos más tarde, oyó una voz en el vestíbulo:
—¡Laurie! ¿Qué haces aquí?

Thalia se volvió vivamente. Greville, intrigado, corrió hacia la puerta.
—¿Cómo ha dicho, señor? —preguntó la joven.
El individuo parecía desconcertado.
—Perdone, me he confundido...
—¿Qué hace usted en esta casa? —preguntó Greville.

Hubo un instante de silencio. Greville se dio cuenta de que el sujeto les estudiaba profundamente, antes de decidirse a dar su respuesta. Fue un detalle que no le gustó y decidió tenerlo en cuenta para futuras ocasiones.
—Ella es muy parecida a una amiga mía —dijo al fin el sujeto—. Se llama Laurie.. y a! verla de espaldas, me confundí...
—Todo eso está muy bien, pero todavía no nos ha dicho quién es usted.
—Me Hamo Wern Hartasen, Estaba de paseo con mi amiga y nos separamos momentáneamente. Al ver la puerta abierta, creí que habría entrado aquí... Dispensen si les he molestado...
—No hay nadie en la casa, a excepción de nosotros —contestó Greville—. Tal vez su amiga se ha extraviado en el valle.
—Quizá, pero, en todo caso, nos encontraremos en el pueblo. Les ruego me perdonen. Buenas tardes
Hardison se marchó. Greville se acarició ei mentón.
—No sé... Ese tipo me parece visto en alguna parte...
El ruido de un motor sonó fuera de la casa. Greville se acercó a una de las ventanas y vio un coche que se alejaba en dirección contraria a la que era preciso seguir para llegar a Hackettshire.
—Eso no me gusta nada —rezongó---. Hardison venía aquí por algo más que para encontrar a una amiga perdida.
—En todo caso, ¿podemos hacer algo?
— Dijo que se encontrarían en el pueblo y, sin embargo, se ha marchado con rumbo diametralmente opuesto.

—No hay gran cosa de valor en el edificio —alegó la joven.
—Salvo los muebles y las ropas, claro.
—¿Cuánto sacarían si se lo llevasen para venderlo?
—Algunos podrían pensar que quinientas libras, por ejemplo, es una suma que les compensaría del trabajo de vaciar
—Puede ser, pero yo no lo creo así. Bien, dije antes de buscar algo para tomar, por ejemplo, una taza de té. ¿Le parece bien? '
—Sí, y luego nos iremos a ver a ia señora bteoier --contestó Greville, de cuya mente no se podía borrar la preocupación que le había causado el inesperado encuentro con Hardison.

CAPITULO VII

En una taberna del pueblo repusieron sus fuerzas con un té y algunas pastas. Ei local, aunque antiguo, estaba agradablemente decorado y su autenticidad se debía al paso de los años y no al trabajo de un artista más o menos falsificador de viejos tiempos. Cuando terminaron, Greville pidió la cuenta y luego preguntó a la camarera dónde vivía la señora Stedler.

—Segunda calle a ia derecha, .por esta misma acera, en !a casa que está rodeada por unos jardines llenos de rosales —contestó ia interpelada—. No pueden equivocarse; no' hay en todo Hackeítshire unos rosales tan hermosos.

—Por ¡o visto, ia señora Stedler es aficionada a la floricultura —sonrió Greville.

—Fuede asegurarlo así, señor. Es una verdadera entendida y casi constantemente gana premios en todas las exposiciones que se celebran en el país. Nosotros nos sentimos muy orgullosos de sus habilidades.

Greville añadió una propina a la cuenta y se puso en pie.

—Muchas gracias. ¿Vamos, Thalia?

Salieron a la calle, Thalia continuaba todavía muy seria. Greville se dijo que era preciso ser paciente. Ella misma encontraría el momento propicio para desahogarse.

Pronto encontraron la casa de ia señora Stedler. Aunque ya iba haciéndose de noche, era fácil apreciar que los rosales estallaban de rosas. Thalia se quedó admirada al contemplar aquel hermoso espectáculo.

—Jamás había visto nada semejante —declaró—. Sinceramente, envidio a la señora Stedler.

—Estos éxitos no son, aunque parezca una redundancia, flor de un día. Cuesta muchos años y mucho trabajo, y gran número de fracasos, llegar a una perfección semejante —dijo él.

—Sí, pero cuando llega el éxito...

El jardín estaba rodeado por una valla de madera, pintada de blanco, de poco más de un metro de altura. Greville vio un timbre junto a la puerta y lo tocó, pero nadie contestó a sus llamadas.

—¿Habrá salido? —dijo Thalia.

—¿A estas horas? —dudó el joven—. Es una mujer de edad y quizá tiene dificultades con el oído.

Greville se inclinó un poco, descorrió ei cerrojillo que aseguraba la puerta y la empujó. Luego recorrió los veinte rae-tros que había desde la valla a la entrada de la casa.

La puerta estaba entreabierta cosa de un palmo. Greville tocó con tos

nudillos y la puerta se abrió un poco más.
Entonces vio las patas de un perro de lanas que yacía en el suelo, a dos pasos de la entrada. Thalia vio lo mismo y extendió la mano.
—Cuidado, no le despierte...
—Ese pobre animal no despertará jamás —dijo él—. De lo contrario, estaría ladrando desaforadamente.
Terminó de empujar ¡a puerta y entonces vio manchas de sangre en el cráneo del animal. Un oscuro presentimiento le asaltó en el acto.
—Thalia, no entre —ordenó.
Cruzó el umbral. Al fondo, divisó un diván floreado, en el que había una mujer que parecía dormir. Más allá, se advertían señales de un registro hecho precipitadamente.
—Sólo está sin sentido, señor —exclamó la joven.
—Seguramente, el ladrón la atacó y... Allí veo un teléfono, Thalia; llame y pida un médico.
—Bien, señor.
Greville se acercó a la' mujer y vio en el lado izquierdo de su sien un enorme hematoma. Observó su pecho y apreció la falta total de movimientos de la respiración.
Tocó su mejilla. Estaba fría.
—Thalia, no se moleste en pedir un médico —exclamó—. Llame mejor a la policía.
Ella se volvió rápidamente.
-¿Está...?
Greville asintió.
—Muerta —confirmó.
Thalia sintió que le flaqueaban las piernas.
— ¡Oh, Dios mío!
Greville fue hacia la joven y la sostuvo por la cintura.
—Siéntese, yo me encargaré del resto. No toque nada, por favor.
Mientras el joven hablaba por teléfono. Thalia recorrió con la mirada el interior de la casa. Había una puerta abierta, que daba a lo que había sido el despacho del difunto Stedier. Lo poco que podía ver desde allí le hizo sentirse muy deprimida.
—Señor Greville —dijo, cuando el abogado hubo terminado de hablar por teléfono—, sospecho que no vamos a encontrar el testamento de mi padre.
—Eso mismo estaba pensando yo —contestó Greville sombríamente.
* * *
El inspector Hampton terminó de cargar su pipa y arrimó un fósforo a la cazoleta. Luego, literalmente envuelto en nubes de humo azulado, dijo:
—No hay prácticamente ninguna pista, ningún rastro. El asesino usó en todo momento guantes, por lo que no dejó huellas dactilares. El

único rastro, tal vez, es un poco de sangre en los dientes del perro, pero no se sabe todavía si es suya o de la persona a quien pudo morder.
—Era un perro muy pequeño —adujo Greville.

—Sí, un pequinés, pero esa raza de canes suele tener un genio infernal y, además, es preciso recordar que su ama estaba siendo atacada. Quizá mordió al criminal en una pantorrilla, máxima altura que podría alcanzar, pero, hasta que el laboratorio haya emitido su informe, no podremos saber nada.
—Entonces, ¿ésa es la única pista de que disponemos?
—Si la sangre pertenecía al can, no será ya única pista. En cuanto a la señora Stedier, murió fulminantemente, a consecuencia del golpe recibido en el parietal. .Probablemente, el asesino usó una porra corta, forrada de cuero y tal vez sólo quiso dejarla sin sentido, aunque yo más bien me inclino a pensar en el asesinato premeditado.
—¿Por qué, Mark?
—Hombre, el asesino, aunque llevase guantes, entraría a cara descubierta. La víctima no iba a franquear el rJaso a un enmascarado.
_Ya —dijo Greville—. Y ese desconocido buscaba lo mismo que buscábamos nosotros.
—El testamento de mi padre —intervino Thalia, callada hasta aquel momento. Miró retadoramente al policía—. «Patoso», ¿cree también que yo maté a ¡a señora Stedier?
Hampton no se inmutó.
—Mis dudas continúan persistiendo en el caso de Finlay y no en éste —respondió—. Asimismo sospecho de usted en la broma pesada que gastó a Marvin Scott.
—Pensamos ir a visitarlo al hospital —dijo Greville—. Quiero cerciorarme de que fue Thalia la que hizo todo aquello.
—Es una buena idea —aprobó Hampton—. ¿Cuándo se marchan de Hackettshire?
—¿Podemos marcharnos ya?
Hampton hizo un ademán.
—Por mí, no hay inconveniente. Pero, Harry, recuerda: ella está a tu cargo.
—No lo olvido, Mark. Vamonos, Thalia.
La joven se puso en pie y miró fijamente al policía.

—Un día le haré tragarse todas las palabras que ha dicho sobre mí —exclamó.
—Nada me gustaría más, «Garza», se lo digo con toda sinceridad —respondió Harnpton placenteramente.
Al llegar a la calle, Thaila hizo una profunda inspiración.
—Aquí se respira a pleno pulmón —dijo.

—No sea corrosiva. Harnpton es un buen policía.
—Tendría que verse en mi pellejo, señor. Pensaría de otro modo.
Greviiie sonrió, mientras abría la portezuela del coche.
—Tiene usted unas ojeras muy pronunciadas. Seguramente, ha pasado mala noche.
—¿Pasar mala noche? ¡No he pegado ojo!'—contestó ella.
—En tal caso, hoy dormirá como debe y mañana iremos a visitar a Marvin Scott. A mí también me interesa presenciar esa entrevista.
Greviiie dio la vuelta y se sentó tras el volante. Thaiia abrió su bolso y sacó cigarrillos.
—¿Me permite el señor?
—Claro, mujer. No soy un señor feudal —rió él—. Encienda el que tiene en los labios y pásemelo, por favor.
Thaiia lo hizo así. Luego, encendió su cigarrillo. Ai cabo de unos momentos dijo:
—Estoy pensando en una cosa que me preocupa mucho. Scott declaró que, había pasado la noche conmigo. Incluso vio mi marca corporal. Pero yo estoy segura de que no le he visto jamás ni tampoco he estado en Darnley House en las fechas que indica. Por tanto, alguien tomó mi puesto, suplantando mi personalidad. ¿No le parece una deducción lógica, señor?
—En principio, sí, sobre todo si tenemos en cuenta que hubo alguien que la confundió con otra persona, y que a mí también me pasó algo semejante hace algunas semanas. Pero, aun suponiendo que la suplantación sea cierta, ¿qué objeto podría tener?
—¿Se le ha ocurrido pensar que Darnley House y las perras valen algo así como doscientas mil libras? Alguien podría intentar vender la propiedad, haciéndose pasar por la dueña, que soy yo, ¿no cree?
—Una estafa —dijo Greviiie pensativamente.
—Exacto. Y estará de acuerdo conmigo en que no es la primera vez que alguien vende una cosa oue no le pertenece, haciéndose pasar por el dueño.
—Eso es muy cierto —convino ei joven—. De todas formas, antes de adoptar una decisión, convendría hablar con Scott y escuchar sus respuestas.
—Conforme —respondió Thaiia—. Y espero poder demostrar que no soy yo la mujer con la que él pasó una noche en Darnley House.
—Yo también lo deseo, se lo aseguro de corazón, Thaiia.
Ella oyó aquellas palabras y se volvió, un tanto sorprendida.
—Bien, parece que se humaniza --dijo.
—¿He sido alguna vez insensible ante, sus problemas? Thaiia, cualquier otro, en mi lugar, la habría echado a puntapiés de su casa, después de haber sido despojado de cierta suma de dinero.
—Estoy purgando mis culpas, sirviéndole a usted, señor. , Y puede

tener la seguridad de que esas sesenta libras son las últimas que han pasado a mi poder de forma ilegal —respondió ella muy seria.
—Amén —dijo ei abogado, complacido de la decisión de la joven.
* * *
Estaba sentado en una silla de ruedas y sus ojos se salieron de las órbitas a! ver a los visitantes. La mano apuntó indignadamente hacia la muchacha.
—¡Esa, ésa es la ramera que me birló cinco mil libras, aparte de no pagarme las casi siete mil que me debe! Señor mío, si es usted policía, le ruego la encierre en la cárcel para el resto de sus días ---gritó Marvin Scott antes de que sus visitantes hubiesen tenido tiempo de abrir !a boca.
—Por favor —dijo el joven--. Permita que me presente. señor Scott. Soy Harry Greville, abogado. Ella es Thalia Penn, mi cliente.
—Una ladrona... Entonces, ¿no es policía? —preguntó el convaleciente, decepcionado.
—No, pero ambos estamos dispuestos a aclarar cierto enojoso asunto, del que usted resultó víctima. Lamentamos infinitamente lo sucedido y deseamos su pronto restablecimiento. Mi cuente, sin embargo, asegura que aquella noche no estuvo en Darnley House y mucho menos que se... solazase con usted.
--Pero no me cabe la menor duda. Yo traté a esa mujer durante bastante tiempo. Le presté dinero con la garantía de su propiedad y ella me daba siempre largas para cancelar la deuda. Hasta que un día...
Scott se interrumpió de repente, visiblemente avergonzado.
—Bueno —continuó a poco—, fui débil... Ella es muy guapa y yo la deseaba...
—Y le pidió cinco mil libras a cambio de sus favores, más la cancelación de la deuda —dijo Greville.
—Lin momento. Quizá ella pensó que sus encantos bastarían para dejar la deuda saldada, pero yo no pensaba así. Lo único que hice fue prestarle cinco mil libras más, siempre con la garantía de su propiedad —alegó Scott—. Aunque —añadió de mala gana—, el segundo préstamo fue... una concesión, a cambio de...
Greville sonrió.
—Nos lo suponemos, señor Scott. Díganos, por favor, ¿está absolutamente seguro de que la joven que me acompaña es la misma que le recibió en Darnley House?
--Sí, absolutamente.
—También había tenido tratos con ella antes de aquella entrevista.
—Desde luego. No puedo equivocarme, ambas son una misma persona...
—Por favor —rogó el joven—. Tengo entendido que aquella noche

usted pudo apreciar cierta marca de nacimiento existente en el cuerpo de la señorita Penn.
—Sí, lo vi perfectamente. —Scott emitió un gruñido—. Tuve tiempo de sobra para ver ese extraño lunar rojo.
—Muy bien. —Grevilie se volvió hacia la muchacha—. Thalia, haga lo que le dije al llegar aquí.
—Sí, señor —contestó ella.
Thalia vestía un traje de chaqueta, con blusa, y se despojó de las dos primeras prendas. Debajo de la blusa sólo llevaba el sostén. La señal de nacimiento resultaba así perfectamente visible.
—Señor Scott, ¿es la misma marca? —preguntó Greville.
—Lo es —contestó el aludido sin vacilar.

CAPITULO VIII

Durante unos segundos, reinó un embarazoso silencio en
la estancia del hospital. Luego, Grevilie hizo un gesto con la ' mano y Thalia volvió a cubrirse el torso.
—Señor Scott —dijo el joven—, no dudamos de su buena :
fe, pero es mi obligación advertirle que sospechamos de la existencia de una posible conspiración en contra de mi cliente. Tanto la señorita Penn como yo estamos persuadidos de su sinceridad, de que dice la verdad de cuanto le ocurrió, pero, no obstante, es una verdad tan sólo a medias.
—Caramba, una verdad a medias... Me costó ya once mil libras —gruñó el paciente.
—Sí, lo sabemos, pero lo que yo quería decirle es que alguien ha tomado la identidad de la señorita Penn y se hace pasar por ella. Quizá es una mujer que se le parece mucho y, además, aumenta ese parecido mediante algunos retoques y, por si fuese poco, incluso se ha hecho tatuar la señal de nacimiento. Lamento tener que decirle esto, pero es «nuestra» verdad.
—Entonces, ¿me voy a quedar sin mis once mil libras,
abogado?
—Si yo fuese la estafadora, ¿cree que las podría recobrar.
—exclamó Thalia.
—Bueno, me quedaría el recurso de meterla en la cárcel...
—Pero ello no le resarciría de la pérdida, señor Scott.
El hombre hizo un ademán de desaliento.
—Yo ya no sé ni qué pensar... Maldigo la hora en que entré en contacto con aquella mujer o con la que tengo delante de mis ojos en estos momentos... Además, ¿por qué diablos montaron aquella decoración de película de terror, eh? La casa llena de polvo, los cortinajes que se caían a pedazos, las telarañas, el esqueleto que amaneció en mi cama... ¿Qué objeto podía tener esa escenografía, si ya habían conseguido el dinero?
—Tal vez quisieron gastarle una broma pesada o pensaron que, haciendo una cosa así, usted se callaría, porque creería que había estado en una casa abandonada y nadie admitiría que hubiera pasado allí la noche, en compañía de una hermosa mujer. En fin, eso es algo que sabremos cuando encontremos a la auténtica estafadora. Muy posiblemente, es también una asesina, aunque no actúa sola.
—¡Una asesina! —se estremeció Scott.
—Una persona resultó muerta, aunque ese suceso no tiene relación

directa con lo que le sucedió a usted —dijo Grevilie—. ¿Piensa formular una denuncia contra la señorita Penn?
—¿Serviría de algo? Yo me conformaría con recobrar el dinero...
—Lo siento, eso es algo que está fuera de nuestro alcance.

Lamentamos lo que le ha ocurrido, pero no podemos hacer nada por remediar su situación. Por supuesto, si lo desea, puede denunciar a la señorita Penn, aunque entonces yo intervendría como abogado y exigiría documentos que probasen los préstamos concedidos y no devueltos.
—Fui un tonto —se lamentó Scott—. No le exigí ningún recibo.

Pensaba pedirle aquella noche una garantía sobre Darnley House... y lo único que saqué fue un coche destrozado y un viaje al hospital.
Grevilie ocultó una sonrisa.
—Le deseamos un pronto restablecimiento —dijo, a la vez que tocaba a Thalia en el brazo para indicar que ya había llegado la hora de despedirse.

Tin el coche, Thalia tuvo un súbito estallido de ira.
—¡No, no, y mil veces no —gritó, a la vez que golpeaba con los puños en la repisa delantera—. Yo no estuve aquella noche en Darnley House, ni me acosté con ese cerdo de dos patas, ni jamás le he pedido dinero prestado...

—Cálmese —aconsejó el joven con cierta severidad—. Yo la creo a usted, aunque las circunstancias están en su contra. Eso es algo que debemos admitir y, precisamente por lo mismo, debemos luchar por conseguir resolver el enigma. Alguien ha tomado su identidad y es preciso que descubramos a esa persona.

Thalia echó la cabeza hacia atrás, con los ojos cerrados, y respiró profundamente.
—Sí, alguien se hace pasar por mí, pero, ¿quién? —dijo.
—Esa persona, una mujer, evidentemente, la conoce muy bien. Y usted, supongo, también debe conocerla, Thalia.
—Por ahora no se me ocurre ningún nombre. No he sido mujer de muchas amistades de mi propio sexo. Y las que recuerdo no se hubieran parecido a mí ni siquiera maquillándolas el mejor artista del mundo.
—Sin embargo, esa mujer existe, Thalia —insistió el joven—.

Probablemente, es distinta a usted, pero muy semejante en la figura. Yo tengo alguna experiencia sobre el particular, recuérdelo. Si se tiene la figura y la cara es un tanto parecida, luego el maquillaje y el pelo teñido, más el tatuaje de la señal roja, todo ello completó el efecto de

una absoluta semejanza. Aunque, la verdad, no entiendo para qué hacerse un tatuaje...
—Está claro, hombre. Mi doble se acostó con Scott. Si quería hacerse pasar por mí, no podía omitir ese detalle tan importante.
—¿Acaso lo conocía mucha gente? —se extrañó Greville.
—Bueno, en el pueblo había muchos que lo sabían y hasta me lo vieron cuando yo era una chiquilla. Si esa mujer quería hacerse pasar por mí y quería vender o, por lo menos, estafar, con la garantía de Darnley House, tenía que suponer que la presunta víctima podía hacer preguntas en Hackettshire y no podía correr riesgos. Por eso se hizo tatuar...

Bruscamente, Thalia se irguió en el asiento, a la vez que lanzaba un agudo grito:
—¡El tatuaje! ¡Harry, ahora sé por qué fue asesinado Charley Finlay! —exclamó terriblemente excitada.
* * *
Greville puso una buena dosis de whisky en un vaso y añadió un leve chorro de sifón. El inspector Hampton tomó un buen trago y luego empezó a cargar su pipa.
—¿De modo que la chica sostiene que Finlay fue asesinado para que no dijese que había hecho un tatuaje a otra mujer? —dijo.
—Así es, Mark, y cada vez que lo pienso, me inclino a creer que ella tiene toda la razón del mundo —contestó Greville, a la vez que se sentaba frente a su amigo.
—Parece un razonamiento lógico —convino el policía—. Darnley House es una propiedad muy valiosa y un timador inteligente podría conseguir un buen botín. En realidad, ya lo consiguieron una vez al menos, cuando esquilmaron al borreguito que se llama Scott.
—Sí, se creyó que era muy listo y que por once mil libras iba a conseguir algo que vale casi veinte veces más —sonrió el joven—.

Pero eso no debe desviarnos del asunto principal, que ya ha causado una muerte: la de Vivian Stedler.
— El testamento de Penn no ha aparecido —dijo Hampton con el ceño fruncido—. Ese documento extraviado prueba, de un modo indirecto, las afirmaciones de tu doncella. Lo malo es que, hasta ahora, seguimos sin el menor rastro del asesino de la señora Stedler.

Hampton encendió su pipa, que se le había apagado, y continuó:
—Además, ha ocurrido algo que me está haciendo pensar mucho. ¿Sabes que Dennis Cobham y Pete Gray han desaparecido?
—Ignoro quiénes son esos personajes —manifestó el joven—. ¿Por qué lo dices, Mark?
—Cobham es el dueño de la casa de juego en donde estuvimos hace

algunas noches y Gray era su guardaespaldas y chófer. El encargado ha denunciado la desaparición de los dos hombres, diciendo que Cobham hizo un viaje a Hacketts-hire, a fin de discutir algo sobre una supuesta trampa a su mesa de ruleta. ¿Recuerdas la noche en que una rubia espectacular ganó treinta mil libras?
—Ya lo creo. Mis ganancias fueron de setecientas —rió Greville—, Pero eso, ¿qué tiene que ver con lo que tanto nos interesa, Mark?
—Más de lo que tú crees, porque el encargado de la casa de juego oyó a su jefe mencionar Darnley House. Ambos, es decir, Cobham y su acólito, viajaron hasta allí y no se han vuelto a tener noticias suyas.
Greville se puso rígido.
—¿Sospechas un crimen?
—Dos, muy posiblemente. Treinta mil libras, obtenidas por malas artes, según el encargado, son motivos más que suficientes para suprimir toda reclamación por eliminación física del reclamante.
—Entonces, los cadáveres estarán allí...
—Ya he hablado con la policía local. Han registrado Darnley House, pero no han hallado el menor rastro de las posibles víctimas. Sin embargo, también cabe otra posibilidad.
—¿Cuál, Mark?
—Cobham se sabía bajo vigilancia y es posible que se haya largado una temporada al extranjero, a fin de «aliviar» un tanto la presión que ejercíamos sobre él. Y dejando esto de lado por el momento, ¿quieres llamar a «La Garza»? Tengo ganas de hablar con ella acerca de su teoría sobre el asesinato de Finlay.
—Claro —accedió el joven.
Se puso en pie, atravesó la sala y lanzó un grito:
—¡Thalia, venga, por favor!
No hubo respuesta. Extrañado, Greville fue a la cocina y luego al dormitorio de la joven. Momentos después, regresaba al salón, con el desconcierto reflejado en su rostro.
—No está, Mark —dijo.
Hampton soltó una carcajada burlona.
—Ya me suponía yo que los buenos propósitos de «La Garza» no durarían mucho tiempo. Ha desplegado sus alas y ha alzado el vuelo. Esta vida le resultaba demasiado aburrida, con una sola billetera al alcance de sus dedos. Desengáñate, Harry, no hay nada que hacer con esa golfa.
Greville se mordió los labios. Por un lado se sentía inclinado a dar la razón a su amigo, pero algo le decía que Hampton era injusto con Thalia. No podía creer que la joven hubiese quebrantado tan pronto sus promesas.
Entre dientes, masculló:
—Maldita sea, Thalia. ¿Dónde demonios te has metido?

' * * *

Thalia puso un billete sobre el mostrador y contempló sonriente a su interlocutora.
—Toma, bebe por mi cuenta, Madge —dijo—. Hacía tiempo que no nos veíamos, ¿eh?
—Un poco —contestó la otra mujer, algo mayor que Thalia y con el rostro rebosante de maquillaje—. ¿Qué haces ahora, «Garza»? ¿Sigues «afanando» carteras?
—De momento, estoy de vacaciones. Pero cuando se me acabe la «pasta» tendré que... Oye, Madge, ¿qué hiciste tú después de que «apiolaran» al pobre Charley?
Madge Sulüvan se encogió de hombros.
—Era un buen tipo y me gustaba vivir con él. A veces pienso que si yo hubiese sido un poco más lista, habría acabado siendo su esposa.
—¿No quería casarse él?
—No le presioné demasiado, ésta es la verdad. Al menos, habría heredado su negocio y no se lo habría quedado su hermana para malvenderlo luego en cuatro días.
—Fue una verdadera lástima, desde luego —dijo Thalia—. Oye, tú estabas enterada de sus asuntos...
—No todos. En ocasiones, era muy discreto... ¿Qué quieres saber, «Garza»?
Los ojos de Thalia se entornaron.
—A veces, también, le ayudabas en su labor- de hacer tatuajes —dijo.
—Sí, sobre todo si eran mujeres.
Thalia se apeó del taburete.
—Tengo que ir al lavabo. Acompáñame, Madge.

Las dos mujeres fueron a los aseos. Una vez allí, Thalia se desabrochó la blusa y enseñó su marca.
—¿Sabes a quién hizo Charley un tatuaje semejante?
Madge respingó ligeramente.
—No lo vi porque la cliente se negó a que estuviese presente -respondió--. Pero sé quién era, porque Charley me lo contó después. Le habían pagado cien libras por un trabajo por el que, ordinariamente, cobraba sólo cinco.
-Vamos, Madge, suéltalo ya -pidió Thalia, con los ojos muy brillantes.
—Laureen Culliman.
Thalia chasqueó ios dedos.
-;Claro! -dijo-. No podía ser otra... -Impulsivamente, beso a su amiga y luego se encaramó hacia la puerta-gracias, Madge, no sabes cuánto -te lo agradezco. Un día y no tardare mucho, te pagaré esta información como no puedes imaginarte siquiera. "

Madge se quedó sola, llena de perplejidad. Al cabo de unos momentos, volvió a encogerse de hombros ahora podría ,haberme dado al menos cinco libras y me habría ahorrado el tener que salir a buscar un «cliente» -rezongó

Fue al espejo, se retocó un poco y, momentos después, estaba en la calle. Avanzó por la acera, haciendo voltear su bolso, a la vez que dirigía provocativas miradas a los transeúntes.

De pronto, cuando pasaba por delante de un oscuro callejón, percibió un ligero siseo.

—En. buena moza —dijo el hombre—, ¿Quieres ganarte diez libras?

Madge alargó el cuello y vio la oscura silueta. Sonrió para sí.

—¿Ahí? —preguntó.

—Cualquier sitio es. bueno —contestó el hombre—. Ven. tengo el dinero en la manó-.

Madge avanzó unos pasos y notó en la mano derecha el contacto de los billetes. Pero, casi en el mismo instante, una mano le tapó la boca, a la vez que la empujaba contra la pared.

Algo delgado y muy frío penetró profundamente en sus carnes Quiso gritar, pero la mano que tapaba su boca se lo impidió.

Los billetes se escaparon de sus dedos sin fuerza El hombre golpeo vanas veces más con el puñal, hasta tener la seguridad de que había conseguido su objetivo. Cuando la soltó Madge cayó al suelo como un montón de trapos sucios

Una racha de viento húmedo sopló de pronto y dispersó los billetes.

CAPITULO IX

Greville oyó las frases de Bulloney y se sintió enormemente asombrado.
—¿Está seguro de lo que dice? —preguntó.
—Absolutamente. Lo único que siento es haberlo recordado tan tarde, pero la verdad es que era algo que había olvidado por completo —manifestó el empleado del registro a través del hilo telefónico—. Sin embargo, este mediodía, durante e! almuerzo, cuando mi esposa y yo comentábamos la horrible tragedia de la muerte de la señora Stedler, me vino a la mente...
—Gracias, señor Bulloney —dijo el joven—. No sabe cuánto se lo agradezco. Y es muy posible que mañana mismo vayamos a visitarle la señorita Penn.y yo para seguir hablando de este asunto.
Greville colgó e! teléfono y permaneció inmóvil unos momentos. De súbito, oyó el ruido de la puerta que se abría y se volvió en el acto.
—Vaya, la hija pródiga regresa al hogar —dijo mordazmente—. ¿Puede saberse dónde ha ido, desde luego sin mi permiso y mucho menos sin que yo supiera su destino?
Thalia sostuvo firmemente la colérica mirada del joven.
—He ido a un sitio al que no podía ir acompañada de usted y mucho menos de! «Patoso» —contestó.
—Está bien, expliqúese, si no es molestia.
—Ninguna, señor. Ella, me refiero a Madge Suilivan, habría callado si usted me hubiese acompañado y no digamos ya el inspector Hampton.
—Ah, alguna amiga suya. Sin duda, «colega».

—No, señor. Madge trabaja en algo que a mi siempre me ha repugnado, aunque ahora lo hace forzada por las circunstancias.

Durante varios años, vivió con Charley Finlay. Incluso se pensaba que acabarían por casarse, pero Chariey fue asesinado antes de que tomaran una decisión.
—De modo que ha ido a ver a Madge, porque era la amiga de Finláy.
—Así es, y, además, le ayudaba también en muchas ocasiones. Y gracias a ella, ya sé quién es la desvergonzada que anda suplantándome por ahí.
Greville respingó.
—Interesante —dijo sonriendo—. Pero permítame que la invite a una copa...
—Gracias, señor, pero ahora estoy en su casa y soy su criada —dijo la joven—. Aceptaré la invitación cuando haya saldado mi deuda y sea solamente su cliente,
—Muy bien, a su gusto. No soy partidario de forzar a la gente a

aceptar algo que no le agrada. Y, ¿quién es su «doble», Thalia
—Laureen Culliman. Estuvimos juntas en ¡a cárcel, en la misma celda. Ella, sin embargo, salió casi diez meses antes que yo.
—Comprendo. Sin duda, usted se confió a Laureen...
Thalia asintió.
—Desgraciadamente, así es —admitió—. Las horas de en- ' cierro se hacen infinitamente largas v hay tiempo de sobra para hablar de todo... No pude evitarlo, compréndalo.
—Desde luego. Es de suponer que dos mujeres que ocupan la misma celda tengan pocos secretos la una para la otra Por tanto, resulta fácil deducir que la tal Laureen Culliman le vio la señal escarlata en más de una ocasión.
—Muchísimas veces —contestó la joven—. Y de ahí supongo, le vendría la idea de adoptar mi personalidad.
—¿Eran parecidas físicamente?
—Sí, bastante, hasta el punto de que algunas veces nos tomaban por hermanas. Pero ella tenía el pelo rubio v las cejas más finas que las mias.
—El pelo teñido de negro, unas cejas más espesas y ciertos retoques en el resto de la cara, pueden obrar maravillas —convino Greville pensativamente, mientras recordaba su primer encuentro con la mujer a quien había creído Thalia Penn—. Sin embargo, esa idea adolece de un cierto inconveniente.
—¿Cuál, señor?
—Laureen, ciertamente, tenía que saber a la fuerza la fecha aproximada en que usted iba a ser puesta en libertad. ¿Por qué seguir con la comedia, sabiendo que ahora ya está en la calle?
—Eso es lo que no comprendo —respondió Thalia—. He pensado mucho en ese detalle y hasta ahora no he conseguido encontrar una explicación razonable.
—Sin duda !a tiene, pero ahora no nos ocuparemos más de ello. Thalia, prepare la cena. Mañana madrugaremos un poco. Salimos hacia Hackettshire.
Ella mostró sorpresa por la decisión del joven,
—¿Hay novedades, señor? —preguntó.
Grevilie sonrió anchamente.
—Las hay —contestó—. Es muy probable que mañana podamos encontrar el testamento de su padre. Si no le importa, Thalia... —Grevilie se acarició el estómago con una mano—. Empieza a protestar —añadió.
—Comprendo, señor. Le serviré la cena lo más pronto posible.
—Gracias, Thalia.
Grevilie fue a su habitación y se cambió de ropa. Revisó rápidamente su correspondencia y luego regresó a la sala. Tras servirse un jerez,

se sentó frente al televisor, a fin de entretener la espera.
A los pocos minutos, un locutor dio una noticia que no parecía tener demasiada importancia:
—Una mujer que se dedicaba a ia prostitución ha sido encontrada muerta en un callejón de Soho, con el cuerpo acribillado a puñaladas. Aunque no se observaron, de momento, signos de mutilación en el cuerpo de la víctima, algunos apuntan hacia un nuevo Jack el Destripador, si bien fuentes bien informadas declaran que ei crimen no tiene caracteristicas especiales. Sin embargo, y puesto que la víctima conservaba todos sus objetos personales y el dinero, la hipótesis del asesinato por robo parece descartada. La víctima. Madge Sullivan...

Un tremendo estrépito de platos rotos estalló repentinamente. Sobresaltado, Greville se puso en pie v miró a la muchacha, que se hallaba en- el centro de la estanna terriblemente pálida y con la bandeja llena de platos v vasos caída en el suelo.
—¡Thalia ¿Qué te ocurre? —preguntó.

Ella tenía la vista fija en la pantalla del televisor.
—¡Dios mío! —exclamó—. Es Madge, la amiga de Finlay... la misma que me proporcionó esta tarde los informes sobre mi suplantadora.

El coche rodaba velozmente en dirección a Hackettshire Arrellanada en su asiento, Thalia ofrecía en su rostro las evidentes señales de una noche de agitado insomnio.
—No me lo puedo creer -dijo, después de un rato de prolongado silencio-. Ayer mismo. Madge y yo charlábamos tan tranquilas... y ahora no es más que un frío cadáver en las losas del depósito...
—Usted piensa que su muerte está relacionada con la de Einlay —manifestó el joven.
—No me cabe la menor duda. Ella sabía que Charley hizo el tatuaje a mi compañera de celda. Estaba enterada de muchos de sus trabajos. El asesino quiso evitar que hablase simplemente. '
.
—Pero ya era tarde. Usted ya sabia que Laureen Culliman se había hecho el tatuaje el sello escarlata de los Penn. Matarla después de haber hablado no tiene sentido. Thalia.

—Quizá sí. Imagínese que se descubre al asesino de Charley. Ella podría haber declarado en el juicio y al criminal no le habría resultado favorable tal declaración.
—Madge no presenció el asesinato de Finlay.

—Pero sabía que Finlay había hecho el tatuaje a Laureen. Por tanto, se podía deducir sin dificultad que Charley fue asesinado para que no lo dijese. Y, muerta Madge, Laureen podría alegar que fue otro el que

le hizo el tatuaje.
Greville hizo un gesto de duda,
—No es un argumento demasiado consistente, aunque sí aceptable hasta cierto punto. Desde luego, muerta Madge. no puede afirmar que Finlay hizo el tatuaje a Laureen Culliman, ¡o cual es una ventaja para ellos. Pero sigo sin entender por qué tuvo que adoptar su personalidad, cuando sabía que iba a salir de la cárcel y que ¡a superchería podría descubrirse muy pronto.
—Convendría que hablásemos con ella, ¿no le parece?
—¡Hum! Resultaría peligroso... sobre todo, si su compinche está a su lado. ¿Conocía a Hardison, Thalia?
—No, nunca ie he visto ni sé quién es. Laureen debió de conocerle después de salir de la cárcel, imagino.
—El caso es que ellos ya saben que usted anda libre por ahí —dijo el joven—. Pero él, Hardison, cuando están a solas, usa otro nombre. Recuerde, la llamó Laurie cuando la confundió con su cómplice.
—Bueno, de Laureen a Laurie hay muy poca diferencia.
—Thalia, ¿sabe si Laureen estuvo casada?
—Sí. El se apellidaba Sparry, pero se divorciaron hace cuatro o cinco años.
—Ella ha seguido usando el apellido de su esposo en ocasiones —murmuró Greville—. En la casa de juego de Cob-ham pasaba por señora Sparry. De todas formas, ése es un detalle sin importancia. Hay otro mucho más importante y es que antes de mediodía, con un poco de suerte, podemos tener el testamento en la mano.
—¡Dios le oiga! -.exclamó Thalia fervorosamente—. La verdad, estoy un poco cansada de esta vida. Quiero cambiar, aunque a! inspector Hampton ie suene a música celestial, y la venta de Darnley House puede resultar definitiva para mis propósitos.
—¿Y si no hubiera sido así? —preguntó él.
—Usted me dio un empleo, señor.

—Pero no podría continuar mucho más tiempo, Thalia —¿Por qué?
Greville tosió.
—La verdad... no me tome por un sátiro... pero es usted perturbadoramente hermosa...
Thalia sonrió suavemente.
—Hay cosas que tienen fácil solución, señor —contestó-
Pero esperemos a hallar el testamento...
—Si lo encontramos, usted será una mujer rica y no querrá mirarme a la cara.
_ —Entonces, puede que yo piense que el elemento perturbador es usted —no ella fuertemente.
Greville meneó la cabeza.

—Thalia, dejemos este tema por ahora, ¿eh? —propuso.
—Come mande e! señor —contestó ella con acento malicioso.
En Hackettshire charlaron unos minutos con Bulloney que repitió nuevamente lo que había dicho la víspera por teléfono Entrego la llave a la muchacha y les deseó toda la suerte del mundo.
—Si lo encuentran antes de las tres de la tarde, vengan a verme y haré el traspaso de la cuenta bancaria, a fin de que la señorita Penn pueda disponer de su dinero —dijo
-Un hombre honrado -calificó Thalia, cuando estaban de nuevo en el coche—. Si decido poner las tierras en arrendamiento, le confirmaré en su puesto de administrador . -En su lugar, yo lo haría así. Esas tierras pueden producirle de veinticinco a treinta mil libras anuales, lo que no está nada mal, y conservaría una bonita casa, donde pasar vacaciones y fines de semana.
—Quizá me venga a vivir al campo. Es una existencia muy sana. A usted también le convendría. Está muy pálido Demasiado trabajo.

—Tengo un bufete bastante acreditado, Thalia. No puedo dejarlo así como así.

Ella sonrió maliciosamente, pero no dijo nada. Minutos más tarde, llegaban a la casa.
Greville abrió la puerta. Todo parecía en orden, absolutamente normal. Permaneció un segundo inmóvil y luego agitó una mano.
—Vamos —dijo—. El secreto está en el despacho de su
padre.

CAPITULO X

La habitación aparecía vacía y silenciosa. Greviile la estudio desde el umbral. Luego fijó ia vista en la mesa, grande con adornos de talla en algunas partes de su estructura.
—Bulloney dijo que oyó a su padre mencionar la mesa —murmuro—. Supongo que es ahí donde debemos buscar.
—Entonces, ¿a qué esperamos?
Thalia avanzó resueltamente hacia la mesa v empezó a registrar los cajones. Había algunos papeles viejos, pero ninguno de ellos se refería ni remotamente a un testamento.
Ureville se hallaba en el lado opuesto, tanteando las molduras y los reheves de la madera, con la vaga esperanza de hallar un resorte que permitiera la apertura de un compartimento secreto. Frente a él, Thalia había metido la mano en el cajón central y la alargó hasta el fondo.
—¡Eh, aquí hay algo! —exclamó ella de pronto.
Greville se apoyó con ambas manos en el borde de la mesa
—¿Qué es, Thalia?
—No sé... Un saliente... Voy a ver si tirando consigo
En el mismo instante, se oyó un chasquido. Greville sintió que el suelo desaparecía bajo sus pies y empezó a caer mientras I haha lanzaba un grito de susto.
Greville era hombre joven, de rápidas reacciones, y pudo agarrarse con ambas manos al borde de la trampa que se había abierto bajo sus pies. Thalia dio la vuelta a la mesa v
se inclinó hacia él.
—Aguante. Voy a buscar una cuerda...
—No será necesario, gracias.

Greville flexionó los brazos y consiguió izarse de nuevo al suelo de la estancia. Luego se volvió para ver io que había más allá de aquel hueco, que casi tenía dos metros de lado.
—Vaya una trampa —mascculló—. ¿A quién se le ocurriría esta diabólica idea?
—No lo sé, aunque me parece haber oído mencionar algo a mí padre, sobre los sótanos de la casa... Pero eso fue hace muchísimos años...
—Thalia. ¿cómo lo ha hecho usted?
—Venga y se lo explicaré.
Dieron la vuelta a la mesa y ella le indicó el resorte que había en el cajón central. Greville hizo un par de pruebas y, al fin, dejó el suelo con su apariencia normal.
—Thalia, Bulloney dijo que el secreto está en el despacho. Bien, quizá, aunque lo ignorase, se refería a esta entrada a los sótanos. Voy a ver si encuentro una escalera, velas y al gunas herramientas para

forzar alguna puerta que podamos encontrarnos en el camino. Espéreme aquí.
—Bien, señor.
Thalia se quedó sola en el despacho, evocando recuerdos infantiles de sucesos que le parecían ocurridos en una época muy lejana. Aquellos tiempos felices ya no volverían, suspiró.
transcurrieron algunos minutos. Para entretener la espera, sacó un cigarrillo y se lo puso en la boca. Cuando lo iba a encender, sintió un fuerte golpe en la cabeza, vio millares de estrellas y perdió el conocimiento.
* * *
Greville volvió al despacho con una pequeña escalera de mano, de tijera, un saquete con algunas herramientas y un par de velas. Frunció el ceno al ver la estancia desierta.
—Esa chica... —masculló.
Tras unos segundos de indecisión, pensó que no podía perder tiempo. Manejó el resorte de apertura y la trampilla se inclinó, con la silla sujeta. Un escalofrío recorrió su cuerpo al pensar en cierta posibilidad.
—Alguien se sentó aquí y fue lanzado al sótano —murmuró—. ¿Cómo lo matarían después? ¿Qué harían con su cadáver?
Inclinándose, dejó caer sucesivamente la escalera y el saquete. Luego subió a una de las habitaciones, agarró un colchón y volvió al despacho.
El colchón fue a parar ai sótano y amortiguó la caída voluntaria del joven. Greville sacó a continuación una vela y, después de encenderla, la puso de pie en un rincón.

Con otra vela en una mano, empezó a recorrer el cubículo subterráneo, explorando cada centímetro cuadrado, en busca de una posible salida o acceso a otra estancia, igualmente subterránea. Lo único que vio fue un agujero circular de ocho o diez centímetros de diámetro, situado al pie de una de las paredes, tapado con una pequeña plancha de metal.

Al cabo de un buen rato, decidió que allí no había nada digno de contemplación. Ya había visto todo lo de posible interés, por lo que resolvió volver al despacho.
Desde el suelo, lanzó un poderoso grito:
—¡Thalia! ¿Está usted ahí?

No hubo respuesta. Greville contuvo una exclamación de enojo.
—¿Dónde diablos se habrá metido esa toma? —rezongó.

Había desobedecido sus instrucciones de aguardarle en el despacho, estaba claro. «Me va a oír en cuanto la vea» pensó.

Pero no podía quedarse allí eternamente y abrió la escalera. Era de seis peldaños, con una ligera plataforma en el remate, ¡a cual quedaba al nivel de su frente. Una vez en la plataforma, estiraría los brazos, saltaría si no llegaba, se agarraría al borde del hueco y...

El cuadrado que era la trampa giró repentinamente hacia arriba y el hueco empezó a cerrarse. Antes de que la trampilla completase su movimiento de giro, Greville pudo oír una sonora carcajada que resonaba con burlones ecos en el despacho.
Alguien dijo hirientemente.
—¡Adiós, imbécil!
La trampilla terminó de cerrarse y Greville quedó a solas en el sótano, desconcertado y sin saber qué resolución adoptar para salir de la crítica situación en que se encontraba.

Thalia despertó, sintiendo un horrible dolor de cabeza, sin saber qué le había ocurrido ni dónde se encontraba. Alguien le mojó la cara y empezó a recobrar la consciencia.

Al cabo de unos momentos, se sintió lo suficientemente bien para abrir los ojos. Entonces vio un rostro conocido, en el que brillaba una sonrisa nada amistosa.
—¡Laureen! ¡Laureen Culliman! —-exclamó.
La otra mujer hizo un gesto de aquiescencia.
-—En efecto, soy Laureen, tu ex compañera de celda. Volvemos a vernos después de un par de años, ¿verdad?

Thalia hizo un esfuerzo y se sentó en el suelo. Mirando a su alrededor, pudo apreciar que se hallaba en una habitación completamente desprovista de muebles, iluminada por una sola lámpara que pendía del techo.
Había una puerta de recia estructura en el otro lado. A su derecha divisó una especie de rectángulo, de menos de un metro de lado, cuyo borde inferior estaba a ras del suelo, cubierto con una tela negra, muy gruesa.
—Estoy en el sótano de la casa —adivinó.
—Exacto —confirmó Laureen—. Esto, en tiempos, fue bodega, pero ya no se usa. —Soltó una risa sarcástica—, No hay botellas, claro — anadió.
Thalia inspiró con fuerza.
—Está bien —dijo—. ¿Qué pensáis hacer conmigo?
—Cuando estábamos en la cárcel, hablaste muchas veces
del testamento de tu padre. También nosotros lo buscamos, pero no lo hemos encontrado hasta ahora.
--Aunque lo encuentres, no te servirá de nada, Laureen.

—¿Tú crees?
- Tiene mis huellas dactilares impresas y junto a cada una de ellas, la firma de mi padre, repetida cinco veces. ¿Crees que eso se puede falsificar?
— Por supuesto que no —contestó Laureen sin inmutarse—.Pero sí se puede utilizar.
—A ver, dime cómo.
—Con el testamento en la mano, podremos vender Darnley House. Lo venderías tú, naturalmente, y nosotros nos quedaríamos con el dinero.
—Eso es un disparate...
—¡No seas estúpida! Lo tenemos todo bien planeado, Thalia. Hemos engañado a unos cuantos tontos, pero es hora de que saquemos el máximo provecho de la propiedad. Ayúdanos o...
—¿O qué, Laureen?
—EJ, abogado morirá.
Thalia miró fijamente a su antigua compañera de reclusión y dedujo que estaba dispuesta a cumplir lo que prometía. No quería que le sucediese nada a Greville, pero, al mismo tiempo, se resistía a ceder a las primeras de cambio.
—¿Morirá, lo mismo que Cobham y su chófer? —preguntó.
Laureen sonrió siniestramente.
—No tienes idea de cómo murieron esos dos idiotas —dijo.
—Supongamos que cedo. ¿Quién me garantiza que luego nos dejaréis ubres? ¿Piensas acaso que Greville se quedaría callado, aunque yo vendiese ¡a propiedad y vosotros os quedaseis con el dinero?
—No te preocupes, ya nos aseguraríamos de que no podríais causarnos ningún daño.
—Laureen, hay algo que no hemos entendido nunca —dijo Thalia—. ¿Por qué tomaste mi identidad, si sabías que yo estaba viva?
Laureen lanzó una obscena interjección.

—Ese estúpido de Hardison —dijo—. Alguien le dijo que habías muerto en ia cárcel.
—Pero eso es absurdo...
—Entendió mal —reconoció Laureen de mala gana—. La que murió fue otra presa con un nombre muy parecido al tuyo. Recuerda, a veces se os confundía cuando llamaban para visitas o el reparto del correo. ¿Has olvidado ya a Dalia Benn?
—Claro —exclamó la muchacha—. Es aquella pobre mujer que mató a su esposo por celos...
—Padecía una enfermedad incurable. El idiota de Hardison se equivocó y... Bueno, eso ya no tiene importancia ahora. Thalia, tienes que tomar una decisión. ¡Ahora! —exigió la otra casi violentamente.

—¿Y si me niego?
Laureen la miró con unos ojos que parecían despedir un fuego infernal. Luego, con rápidos ademanes, arrancó la tela que cubría el cuadrado situado ai otro lado del sótano.
—¡Mira, Thaíia, mira bien y dime ahora si estás en condiciones de resistirte a nuestras órdenes! —gritó.
La joven tendió la vista hacia aquel lugar y sintió que la sangre se le helaba en las venas.
—¡Dios mío, no puede ser...!
Laureen rió demoníacamente.
—Puede ser... y se comerán al abogado si no accedes a lo que te pedimos —aseguró.
Thalia contempló los movimientos de aquella masa gris, compuesta por decenas y decenas de seres, que se agitaban constantemente en torno a unas cosas blancas, de tétrico significado. En los esqueletos que sin duda habían sido personas, ya no quedaba nada que permitiese su identificación, pero ella se imaginó muy pronto la identidad de las víctimas.
Tragó saliva.
—Haré... lo que me pidas —dijo a! cabo.
—Muy bien —contestó Laureen—. Por ahora, quédate aquí. Ya vendremos en otro momento a concretar los detalles de la operación.
Laureen se alejó hacia la puerta. Desde allí, se volvió y sonrió una vez más:
— Puedes contemplar a las ratas. Imagínate lo que son capaces ahora que vuelven a tener hambre.
—Supongo que esos... desgraciados estarían muertos cuando... cuando fueron a parar ai sótano...
— ¡Estaban vivos!

La puerta se cerró con fuerte golpe. Thalia miró nuevamente hacia la red metálica que separaba e! lugar donde estaban ¡as ratas de la estancia en que se hallaba ella.
De pronto, uno de los roedores se acercó a la red y pasó el hocico a través de uno de los huecos, a la vez que lanzaba un agudo chillido.
Más ratas se acercaron y chillaron también al ver a una presa que podía saciar su hambre. Mordieron y arañaron la red metálica furiosamente, pero sus esfuerzos resultaron inútiles.

De pronto, como obedeciendo a una orden emanada de un ser misterioso, se separaron de la red metálica y empezaron a roer la base de la pared.

Thalia sintió que su frente se inundaba de un sudor muy frío. El instinto de los roedores les hacía saber que la red metálica era un

obstáculo insalvable. Pero la pared estaba construida con un material mucho más blando que ei acero. El yeso y los ladrillos podían resultar más fáciles de perforar, aunque les costase cierto tiempo... y el hambre que sentían les haría roer lo que fuese preciso con tai de conseguir saciarlo.

Laureen se encontró con Hardison en la entrada del sótano.
—¿El abogado?

—Está abajo. El mismo se metió en la trampa —respondió Hardison.
—Muy bien. Que siga ahi, por ahora.
—¿No le soltamos...?
—Aguarda un poco todavía. Deja pasar algún tiempo. Es preciso quebrantar la voluntad de Thalia. Además, necesitamos encontrar el testamento.
—¿No te ha dicho ella dónde está?
Laureen meneó la cabeza.
—No lo sabe y, personalmente, me inclino a pensar que es sincera —respondió.
Hardison hizo una mueca.
—Esto no puede seguir por mucho más tiempo —dijo—. Podríamos retener a la chica: a fin de cuentas, es un personaje sin importancia, pero no al abogado. Tiene amistades de cierto fuste y notarían su ausencia. Podría resultar peligroso para nosotros.
—Tenemos un cuente en perspectiva —alegó Laureen—. Sólo necesitamos veinticuatro horas más de tiempo. —Sus ojos arrojaron llamas de ¡ra súbitamente—. Si no te hubieses equivocado cuando te dieron la noticia de la muerte de Dalia Benn...
—¿Y qué? —respondió Hardison—. Entonces, no habríamos podido hacer nada...
-Thalia estaría muerta hace muchos meses y ya no hubiera representado un peligro para nosotros. En primer lugar, no habría revelado los detalles tan peculiares del testamento. Nosotros habríamos falsificado uno y...
Laureen se pasó una mano por ia frente.
—Me siento un poco mareada —dijo—. Necesito tomar algo.
—Estás baja de presión —rió Hardison.
—No, son ios nervios... En fin, antes de veinticuatro horas habrá terminado todo. Vamos a la cocina. Wern; un poco de café con coñac me sentará bien.
—Yo también tomaré un trago —dijo el hombre.
Echaron a andar, momentáneamente despreocupados de sus prisioneros y seguros de que no podían escaparse.

CAPITULO XI

Cuando la trampilla se cerró sobre su cabeza, Greville no pudo contener una exclamación de ira. Pero muy pronto recobró la serenidad.
«Debo calmarme —se dijo—, la furia no me sacara de este encierro.»
Afortunadamente, disponía dé dos velas encendidas, que ie proporcionaban luz suficiente para moverse sin dificultades. Agarró una de ellas y trepó por la escalera, a fin de observar la trampilla desde más cerca y en la forma de abrirla desde el interior.
En pie sobre la plataforma de la escalera, estudió el cuadrado de recias tablas que tenía sobre su cabeza. Había una larga barra de madera, a modo de travesano, que sostenía el conjunto. Greville vio que podía replegarse, mediante un motorcito situado en el centro e indudablemente conectado con el resorte que había en el cajón central de la mesa de trabajo.

El motor estaba situado en el centro. Al lado se divisaba un rectángulo de distinto color, no demasiado, sin embargo. Greville pudo ver las cuatro líneas que formaban el rectángulo, cuyas dimensiones no sobrepasaban los treinta centímetros de largo por la mitad de ancho.
Aquel rectángulo tapaba algún hueco en la madera, dedujo. Tal vez estaba allí el resorte que permitía abrir la trampilla desde el interior.
Tanteó cdh las uñas, pero la madera se resistió. Bajó de nuevo al suelo, buscó en la bolsa de las herramientas y encontró un destornillador de buen tamaño, con el que volvió de nuevo a la cima de la escalera.

Introdujo el destornillador en una de las ranuras y presionó con fuerza. De pronto, se oyó un seco chasquido.

El trozo rectangular de madera se desprendió y cayó al Suelo. Algo revoloteó por los aires, cayendo también a continuación.
Greville se apeó de la escalera y recogió la cosa blanca que había estado escondida hasta aquel momento en el hueco situado en la trampilla. Vio un sobre grueso, de buen tamaño , y en el acto se imaginó su contenido.
—Bulloney tenía razón —murmuró.

El sobre estaba cerrado, pero tenía en el anverso una indicación escrita que resultaba suficiente para conocer su contenido. Greville se dijo que no debía abrirlo, sino en presencia de la persona que era su legítima propietaria, y lo guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta. Luego se dispuso a intentar de una vez la salida de su encierro. ;„

En el mismo momento, oyó un ligero grito de mujer.
Frunció el ceño, mirando a todas partes, a fin de averiguar la procedencia de la voz. Le pareció que era Thalia la que había gritado, pero no veía ningún hueco por el que pudiera llegarle su voz.

De pronto, reparó en el agujero que había al pie de la pared. _ Arrodillándose, se inclinó ¡o suficiente para poder examinarlo con más detenimiento. Entonces vio una especie de chapa metálica que lo cerraba por el otro lado. —¡Thalia! —llamó con poderosa voz. —¡Harry! —contestó ella—. ¿Dónde estás? ¡No te veo...!

—Aguarda un momento, por favor.
Greville fue de nuevo a la bolsa de las herramientas y eligió un martillo y un cortafríos. Segundos después, asestaba el primer golpe a la chapa metálica que cerraba el hueco. —¡Aquí, aquí, Harry! —gritó la joven. —Ten calma unos momentos —pidió él. Golpeó de nuevo. La placa saltó muy pronto. Entonces, Greville oyó la aterrorizada voz de la joven:

—Harry, hay cientos de ratas hambrientas y están royendo la pared.
El joven se tendió en el suelo. A cuatro metros de distancia, podía ver la valla metálica, al otro lado de la cual se movían las ratas incesantemente, a la vez que emitían agudos chillidos que ponían los pelos de punta.
—No temas, Thalia --dijo—. Voy a liberarte muy pronto.
—Date prisa, por el amor de Dios...

Greville se puso en pie y tanteó la pared con ¡os nudillos. Era un simple muro de ladrillo, revocado con yeso. Por un momento, pensó en echarlo abajo a golpes de cortafrío, pero luego se dijo que podía resultar una tarea demasiado lenta.

Además, muchos golpes acabarían por ser oídos en los pisos superiores. Había un método mucho mejor y, sobre todo, prácticamente instantáneo.
—Thalia, apártate de está pared —ordenó.

Ella obedeció en el acto. Greville plegó la escalera y la agarró con ambas manos. El margen que tenía para tomar carrera no era excesivo, pero confiaba en sus propias fuerzas.

Retrocedió todo lo que pudo y tomó impulso. Tras el primer impacto, la pared se resquebrajó casi hasta el techo.
—Creo que será suficiente —murmuró.
Retrocedió de nuevo y, protegiéndose la cabeza con las manos, cargó

con todo su peso contra la pared. Hubo un fuerte estruendo, una nube de polvo blanco y ruido de ladrillos que caían en cascada al suelo. Luego, Greville se encontró en la otra habitación.
Thalia se le abrazó histéricamente.
—Dios mío, has llegado...

Greville sonrió, a la vez que acariciaba sus cabellos.
—He llegado y creo saber cómo podemos salir de este .lugar —dijo, a la vez que tiraba de su mano—. Ven, rápido.

Thalia se sintió arrastrada casi como una pluma. Le parecía estar soñando, pero el contacto de la mano de Greville le resultaba consoladoramente real. Cuando vio la escalera, comprendió .que todas sus tribulaciones estaban a punto de finalizar.

—Yo subiré primero para abrir la trampilla —dijo él—. Una vez que esté arriba, me será más fácil sacarte.
—¿Sabes cómo hacerlo?
-Descuida.
Greville agarró el destornillador y trepó por la escalera. Cuando se disppnía a manipular en el motor, oyó unos golpes justo encima de su cabeza.
Casi en el acto, percibió voces que sonaban al otro lado de la trampilla. Por algún extraño fenómeno acústico, los sonidos se percibían con toda claridad, a pesar del grosor de la madera de que estaba hecha la escotilla.
—Alguien acaba de llegar —dijo, mirando hacia abajo—. Tendremos que esperar un poco.
—Con tal de que las ratas nos den tiempo suficiente...
—¡Las ratas! —exclamó él, recordando de golpe el peligro de los roedores—. Vigila, mientras trato de escuchar lo que dicen en eí despacho.
—Está bien, señor.
—«Está bien, Harry» —rectificó él, con la sonrisa en los labios.
Thalia se esforzó por sonreír también.
—De acuerdo —contestó. Y echó a correr hacia la habitación contigua, mientras el joven quedaba en pie, sobre la plataforma de la escalera, con la cabeza a menos de un metro de la trampilla.
La voz de Hardison llegó claramente a sus oídos:
—De modo que le interesa comprar Darnley House, señor Wood.
—Siempre que la documentación resulte satisfactoria —contestó el visitante—. En tal caso, compraría sin vacilar, señor Hardison.
—Tengo los documentos que le interesan —dijo Hardison, a la vez que le alargaba unos papeles—. Lea, por favor.

Greville oyó aquellas palabras y frunció el ceno. No tardo en deducir que se trataba de documentos falsificados y que sólo tenían por objeto engañar a un incauto.
—Todo parece en orden —dijo el visitante pasados unos minutos-.

Pero el precio total, sin embargo, me parece muy
-Oh podríamos arreglarnos sin dificultad... El contrato está redactado, a falta solamente de poner las cantidades totales y el anticipo que debe entregar corno garantía. La señorita Penn, mi cliente, está dispuesta a dejar la propiedad en ciento veinticinco mil libras, señor Wood.
-Eso ya me parece más razonable. De acuerdo, firmare el contrato y ahora entregaré quince mil libras, que naturalmente se descontarán del precio total de venta,
-;Ha traído el dinero en efectivo? -pregunto Hardison.
-Sí, aunque no es algo que me agrade demasiado Cuando finalicemos la operación, les pagare con un cheque.
-Por supuesto, pero esto es cosa de la señorita Penn. Necesita hacer unos pagos con urgencia... y no Le conviene que intervenga su Banco. Ya sabe, cosas de los impuestos...
—Comprendo. ¿Quiere contar, señor Hardison;

Hubo otra pausa de silencio. De pronto GrevIlle sintió que la muchacha le siseaba desde abajo. Volvió la mirada y captó las señales que Thalia le hacía con la mano.
—Ven, Harry...
Greville descendió de inmediato. Thalia le guio.hasta e! boquete abierto en el tabique. Entonces, v.o e1 monwn de escombros que ella había apilado en el hueco que comunicaba con la jaula de las ratas.
—Eso las retrasará más todavía —dijo la joven.
-Has tenido una buena idea -aprobó el-. ¿Sabes. arriba están timando a otro incauto. Laureen ha vuelto a hacerlo de nuevo
Un extraño ruido le interrumpió súbitamente.

La trampilla se abrió bruscamente y un cuerpo fue lanzado a través ele! hueco. El hombre chocó primeramente con la escalera, gritó y luego acabó cayendo prov.dencialmente sobre el colchón que Greville había colocado al principio de su atrevida exploración.

Durante unos segundos, Greviile, Thalia y el recién llegado se contemplaron con recíproco asombro. La trampilla se habia cerrado instantáneamente y no había comunicación con el exterior.
—¿Qué diablos hacen ustedes aquí? —preguntó el sujeto.
—De modo que ha entregado quince mil libras en metálico, ¿eh? —sonrió Greviile.

—Sí, pero, ¿cómo lo sabe...?
—Tengo entendido que se llama Wood, O no es cierto?
El hombre se incorporó, sacudiéndose la ropa maquinalmente, y contestó:
—Burleigh Spotter Wood —se presentó—. ¿Con quién tengo el gusto de hablar, si es que se puede sentir placer en estas circunstancias?
—Soy Harry Greviile, abogado, de Londres, y representante de la señorita Thalia Penn, aquí presente, a mi lado —dijo el joven.
—¿Cómo está, señor Wood? —saludó Thalia.
Los ojos del sujeto parecían salirse de las órbitas.
—Usted.. se parece mucho a la señorita Penn, pero no...
—Ella es la auténtica Thalia Penn y tengo documentos que pueden demostrarlo —manifestó Greviile contundentemente—. La otra es una impostora y asesina, lo mismo que su cómplice, el hombre ai cual ha entregado quince mil libras como anticipo por la compra de una propiedad que no pueden vender, porque no tienen el menor derecho a ella.
—Sin embargo, yo he visto documentos...
—Falsos —dictaminó el joven con firme acento—. E! único documento auténtico lo tengo yo. —Se volvió hacia Thalia—. He encontrado el testamento —agregó.
Los ojos de la joven se iluminaron.
—¡Dios mió! ¿Dónde estaba? —exclamó.
Greville señaló hacia el hueco que había en una de las tablas que componían la estructura de la trampilla.

-Allí lo escondió tu padre -repuso-. Pero ahora lo mas urgente es salir de aquí antes de que sea demasiado tarde. Señor Wood, con un poco de suerte, le aseguro que muy pronto podrá recobrar el dinero que le han estatado.
El rostro del sujeto se puso púrpura.
—Me van a oír esos tipos...

Pero Greviile ya no le hacía caso. Estaba en lo alto de la escalera, nuevamente colocada en su sitio, tras la caída de Wood y escuchaba atentamente a través de la madera.
—Se han ido —dijo—. Vamos a salir de una vez.
Y empezó a manipular con el destornillador en el motor cito que permitía el giro de aquel cuadrado de madera.

CAPITULO XII

Hardison lanzó una sonora carcajada al ver que el suelo del despacho recobraba su aspecto normal. Casi en el mismo instante, se abrió la puerta de la estancia.

Laureen asomó la cabeza.

—¿Listo?

—Listo —contestó él—. Ya nos hemos librado de ese estúpido. Ahora sólo falta quitar de en medio al abogado.

—Está abajo, con Wood,..

—No podrán salir. Greville pudo entrar, pero desconoce la forma de abrir la trampilla desde el sótano.

—Muy bien. ¿Qué hacemos ahora?

Hardison meditó unos instantes. Luego dijo:

—Debemos sacar a Thalia del sótano. No quiero que le suceda nada por ahora. Hemos conseguido engañar a Wood, pero es preciso que consigamos el testamento a cualquier precio. Ella, estoy seguro, sabe dónde está y nos lo dirá.

—Conforme —sonrió Laureen—. Vamos allá, Wern.

Hardison volvió a sonreír, mientras acariciaba el fajo de billetes que le había entregado Wood.

—Fue el más incauto de todos —dijo—. Estaba ciego por poseer Darnley House y...

—Bueno, bueno, déjate de comentarios y vamos a acabar la tarea de una vez —contestó ella con cierta aspereza.

—Está bien, mujer. Vamos allá.

Salieron del despacho, pero, de pronto, Hardison se volvió hacia Laureen.

—¿Qué te parecería una copa para celebrarlo?

Laureen sonrió.

—La verdad es que no estaría nada mal...

—Además, conviene que Thalia siga todavía unos minutos allá abajo viendo las ratas. Eso la «ablandará» lo justo para hacerle soltar ¡a lengua cuando empecemos las preguntas.

Instantes después, se oía en la cocina el estampido de una botella de champaña abierta. Hardison llenó las copas y levantó la suya.

—¡Por nosotros! .

—Y por la idea que tuve de hacerme pasar por la dueña de esta casa —rió Laureen. .,

-Fue buena, desde luego -convino el hombre. Vacio la copa la llenó de nuevo y volvió a beber- Bien preciosa, creo'que ya es hora de rematar la tarea, Ve al despacho y prepárate para levantar la compuerta de las ratas cuando yo te lo indique.

—Perfectamente. .

Hardison salió de la cocina y se separó de la mujer. Laureen se encaminó al despacho, rebosante de satisfacción

Al llegar a la puerta, abrió y dio un par de pasos en el interior. Inmediatamente, se sintió poseída por un vivo terror.
Antes de que pudiera pronunciar una sola palabra, una mano le tapó la boca. Luego se sintió empujada violentamente hacia el interior de la estancia.
-Laureen, no haga el menor ruido si quiere sobrevivir -amenazó Greville: No tenía ningún arma, pero suponía que ella le creería armado-. Si grita, la matare. ¿Ha comprendido?

Los ojos de Laureen estaban fuera de sus órbitas. Le resultaba imposible comprender cómo habían podido llegar aquellas tres personas hasta el despacho.
Podía admitir que Greville y Wood, ayudándose reciprocamente, hubieran conseguido escapar del sótano, pero Thalia estaba en una habitación contigua, sin comunicación con la otra, y el hecho de que ahora estuviese presente en el despacho la llenaba de perplejidad.
Sujetándola con una mano por el brazo, Greville quito la otra mano de su boca y la sacudió con fuerza.

—¿Dónde está Hardison? —preguntó.
—Ha ido... No sabe que Thalia ha escapado...
—Me lo imagino, pero, ¿dónde está?
—Se entra... por la puerta que hay al fondo de! corredor... que comunica la cocina con las habitaciones de la servidumbre...
—Espero que me haya dicho la verdad —gruñó el joven, a la vez que la empujaba con violencia hacia adelante—. Señor Wood, vigile a esta asesina.
—Nada me causará mayor placer —.contestó el aludido—. Ven aquí, pequeña zorra...

Greville corría ya hacia la cocina. No tardó mucho en encontrar la puerta señalada por Laureen.

Estaba entreabierta. Pudo divisar una escalera que conducía al sótano y hasta oyó pasos a! fondo. Pero no se entretuvo demasiado y cerró de golpe. Había una llave en la cerradura, la hizo girar un par de veces y luego se la echó al bolsillo. Inmediatamente, emprendió el regreso. Pero entonces, al pasar por la cocina, vio la botella de champaña abierta y se le ocurrió la idea de llevársela al despacho con unas copas.
—También tenemos derecho a nuestra celebración —sonrió.
Hardison se sentía estupefacto porque no alcanzaba a comprender la

forma en que se había derrumbado el tabique. Greville no parecía un hércules de feria, capaz de derribar las paredes a puñetazos, y la escalera era demasiado endeble para ser usada como ariete, Cuando todavía estaba por resolver el enigma, oyó el portazo que sonaba en lo alto de la escalera y echó a correr hacia allí.
Alcanzó la puerta, pero estaba cerrada con llave y la salida resultaba imposible. Bramando de ira, retrocedió un paso. lo justo que le permitía el descansillo, y cargó con el hombro. Cuando golpeaba la madera, se dio cuenta de que era un esfuerzo inútil.

La puerta se abría hacia adentro. Tiró del picaporte-pero éste saltó quedándose en sus manos, y rodo por la escalera mientras lanzaba terribles aullidos de furor. Cuando termino su descenso quedó unos momentos aturdido en el suelo.

Transcurrieron unos minutos. De pronto, noto en la pantorrilla izquierda algo parecido a un picotazo.

Se sentó de golpe. Con ojos llenos de horror, contemplo la enorme rata que estaba a un paso de distancia, mirándole con sus rojizas pupilas, que expresaban una furia indescriptible.

Otra rata Surgió por un agujero cercano. Hardison lanzó un agudo grito de terror y se levantó de un salto. Las ratas. salían ahora en espesas bandadas, con un coro infernal de chillidos de satisfacción por verse libres de su encierro y en las inmediaciones de una apetitosa presa.

Hardison Corrió hacia arriba, perseguido por los roedores que él mismo había cuidado tan celosamente. Llegó a la puerta y la golpeó frenéticamente con los puños. Una rata, más audaz, trepó por su espalda, alcanzó el cuello y lo mordió furiosamente.
El dolor resultó intolerable. Hardison manoteó con furia y dio unos cuantos salios para deshacerse de las ratas que le mordían en las piernas. De pronto, dio un paso en falso y volvió a rodar por la escalera.

Esta vez. se golpeó la sien con el borde de un escalón y sintió que perdía el conocimiento. Todavía permaneció consciente una fracción de segundo, lo justo para darse cuenta del horrible fin que le aguardaba y que ya no podría evitar.

Luego, todo se hizo negro para él
Y las ratas empezaron su banquete...
. • •

-¿De modo que esta pájara se hacía pasar por usted...

—dijo Wood.

—Podían culparme de los crímenes que han cometido ella y su cómplice —contestó Thalia.
—No podrán probar nada —dijo Laureen desafiante.
—¿De veras? —Thalia se echó a reír—. He visto unos esqueletos en el cuarto donde tu amigo guarda a las ratas. —Se volvió hacia Wood —.

Esa es la suerte que le tenían destinada —añadió.
Wood sintió un escalofrío.
—¿Cómo puede haber gente tan desalmada? —murmuró.
—El dinero les cegó —expresó la muchacha—. ¿Me equivoco, Laureen? —La otra no contestó y Thalia prosiguió hablando—: Se demostrará que fue Hardison quien asesinó a la señora Stedler, porque creyó que no quería decirle dónde guardaba su esposo el testamento de mi padre. El perro le mordió, ¿verdad?
Laureen mantenía los labios prietos. Thalia adelantó el busto.
—¿Y Madge Sullivan? ¿Quién la apuñaló, para que no dijera que Finlay te había tatuado la marca de los Penn? ¿Fuiste tú?

Hubo un instante de silencio. Los ojos de Laureen despedían fulgores de odio infinito. Su mano se movía muy lentamente, acercándose a determinado lugar de la mesa de despacho.

Súbitamente, sus dedos se cerraron en torno a la plegadera en forma de puñal que había en el escritorio. Con un gesto imposible de seguir con la vista, movió la mano y clavó el arma improvisada en el pecho de Thalia.
—¡Sí, fui yo, pero no me dejaré atrapar —gritó, enloquecida de furor.

Thalia lanzó un débil gemido y se desplomó al suelo. Wood, paralizado por el asombro, no se atrevía a intervenir.

Laureen alargó la mano izquierda y se apoderó del dinero.
—No se mueva, estúpido. Si da un solo paso más, le atravieso el corazón.

Retrocedió lentamente, caminando hacia la puerta. Cuando estaba a un par de pasos, giró en redondo y se dispuso a salir.

Abrió la puerta y entonces chocó violentamente con alguien que iba a entrar. Greville lanzó un grito de sorpresa y se tambaleó.
Laureen, furiosa, intentó apuñalarle, pero el joven alzó la botella y

paró el golpe. Luego la empujó violentamente a un lado.
Durante un cortísimo espacio de tiempo, vio a Thalia tendida en el suelo, con los ojos cerrados, el semblante descolorido y el pecho manchado de sangre. Una ciega oleada de cólera le invadió y, sin poder contenerse, alzó la mano con la que tenía la botella de champaña.
En los ojos de Laureen, que había perdido el puñal en el encontronazo, apareció un vivísimo terror. Greville, sin embargo, consiguió dominarse y tiró la botella a un lado.
—Pero no te irás de vacío —murmuró, a la vez que golpeaba duramente el estómago de la mujer.
Laureen se dobló sobre sí misma. Incapaz de sostenerse en pie, se arrodilló en él suelo, con los pulmones vacíos. Mientras, Greville corría junto a la muchacha.

Thalia respiraba con cierta regularidad, lo que le tranquilizó considerablemente. Al incorporarse, oyó unos ruidos a lo lejos, pero no estaba para preocuparse por otra cosa que no fuera la salud de Thalia.
Con gesto enérgico, señaló el teléfono:
—Llame inmediatamente a la policía de Hackettshire y pida que traigan un médico. Es muy urgente.
—Sí, sí... señor... —contestó Wood, que apenas empezaba a reaccionar.

Luego, Greville volvió junto a Laureen, que permanecía en la misma posición y, agarrándola despiadadamente por los cabellos, la arrastró hacia un sillón, al que la ató con los cordones de una de las cortinas.

Al terminar, se dijo que debía hacer lo mismo con Hardison.
Momentos después, abría la puerta del sótano. Pero la cerró instantáneamente, apenas vio el horrendo espectáculo que se producía al final de la escalera.

Sintió náuseas. «Creo que jamás olvidaré una cosa tan espantosa», pensó.
* * *

El señor y la señora Bulloney estaban en la puerta del cuarto del hospital cuando llegó Greville con un enorme ramo de flores en las manos.
—Ella está casi completamente recuperada de la segunda operación —dijo Bulloney.
Greville puso cara de asombro.
—¿Qué segunda operación? —preguntó—. Si mal no recuerdo, el

puñal chocó contra una costilla, lo que impidió su penetración en !a carne. De otro modo, habría alcanzado el corazón casi con toda seguridad, pero así la cosa quedó en un rasguño hondo, sin peligro alguno.
La señora Bulloney sonrió de un modo peculiar.
—Será mejor que hable con ella —aconsejó—. Ha sido una operación muy sencilla y dentro de unos días le darán el alta definitiva.
—Bien, si ustedes lo dicen... —contestó el joven.

Bulloney le puso una mano en el hombro.
—El padre de la señorita Thalia era un tipo muy desagradable. Le gustaba hacer daño a todo el mundo, incluyendo a su propia hija.

Thalia tenía muchos pretendientes, pero eso era algo que no agradaba a su padre y los espantaba a todos. Les mencionaba la marca de nacimiento, hablaba de una imaginaria maldición, de las taras de la posible descendencia... y, claro, ella se quedaba sola, hasta que un día se hartó y abandonó la casa para vivir su vida.

—Entonces, ¿no hay tal maldición? —dijo Greville, atónito.
—Conocí muy bien al viejo Penn y era el hombre más repulsivo que una se pueda imaginar —contestó la señora Bulloney.
—A su modo, sin embargo, quería a Thalia y por eso redactó y escondió el testamento de una forma tan singular —dijo el señor Bulloney.
—John, no me digas que Penn quería a su hija; de otra manera, no habría escondido el testamento en un lugar tan inaccesible... Pero será mejor que dejemos al señor Greville. Debe oír lo que tiene que contarle Thalia sobre la segunda operación.

—Sí, me siento muy intrigado —convino el joven—. He tenido mucho gusto en saludarles...

Thalia tenía un aspecto encantador, reclinada sobre los almohadones, en la cama del hospital. Al ver a Greville sonrió deliciosamente.
—Tengo algo que contarte, Harry —dijo.
—Sí, eso he oído —respondió él—. Pero antes debe saber que Laureen ha sido acusada formalmente de la muerte de Cobham y de Gray.

Respecto a las otras, no se le podrá probar nada, ni siquiera la de Jim Madigan, el hombre que preparó !a escenografía de la casa abandonada hacía muchos años y que, según nuestro común amigo, el «Patosos, quiso pedir más dinero del convenido en un principio.
—Supongo que el inspector Hampton dejará de perseguirme a partir de ahora —exclamó Thalia.

—Me ha encargado te presente sus más humildes disculpas. Este ramo de flores, precisamente, es suyo; él no ha podido venir a verme..., pero lo hará otro día. Y ya me ocuparé yo de que ese condenado polizonte deje en paz a mi futura esposa.

Los ojos de Thalia chispearon.
—¿De modo que piensas casarte conmigo? —dijo.
—Pues, ¿qué te creías? Después de todo lo que hemos pasado, resulta lógico. De rigor, vamos. Y no admitiré una negativa, ¿me oyes?
—Sobre todo, si tenemos en cuenta que no existe tal maldición.
—Ya lo sé. Me lo han dicho los Bulloney. Pero también me han hablado de una segunda operación quirúrgica... Thalia, la herida no era grave...
—Era una cuestión de estética, hombre. Ahora tengo la piel cubierta por los vendajes, pero no tardaré mucho en enseñarte... el lugar donde no quedará cicatriz.
—No entiendo nada absolutamente —declaró él, perplejo.
—Harry, el puñal golpeó precisamente en la marca escarlata. No la borró por completo, pero sí la deformó. Entonces, una vez curada la herida, pedí que me hicieran la cirugía estética. El cirujano me ha asegurado que no se notará nada, ni el menor rastro de la cicatriz de la puñalada ni tampoco de la marca de nacimiento.
Greville suspiró.
—Entonces, ¿el sello escarlata ha desaparecido?
Para siempre no era herencia de los Penn, sino un accidente de la naturaleza, exclusivamente en mí
El joven sonrió.

Lentamente se acercó a la cama, tomó una mano de Thalia y se inclino para besarla.
-De todas formas, «Garza», yo me habría casado contigo con o sin sello escarlata –dijo apasionadamente

FIN